La conquista del ESPACIO



FUSION PLANETARIA



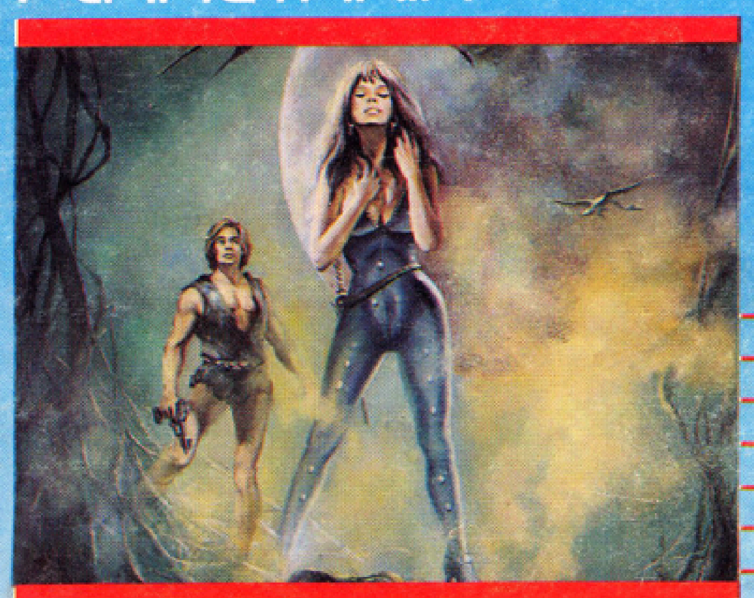
LOU CARRIGAN

BRUGUERA

La conquista del
ESPACIO



FUSION PLANETARIA

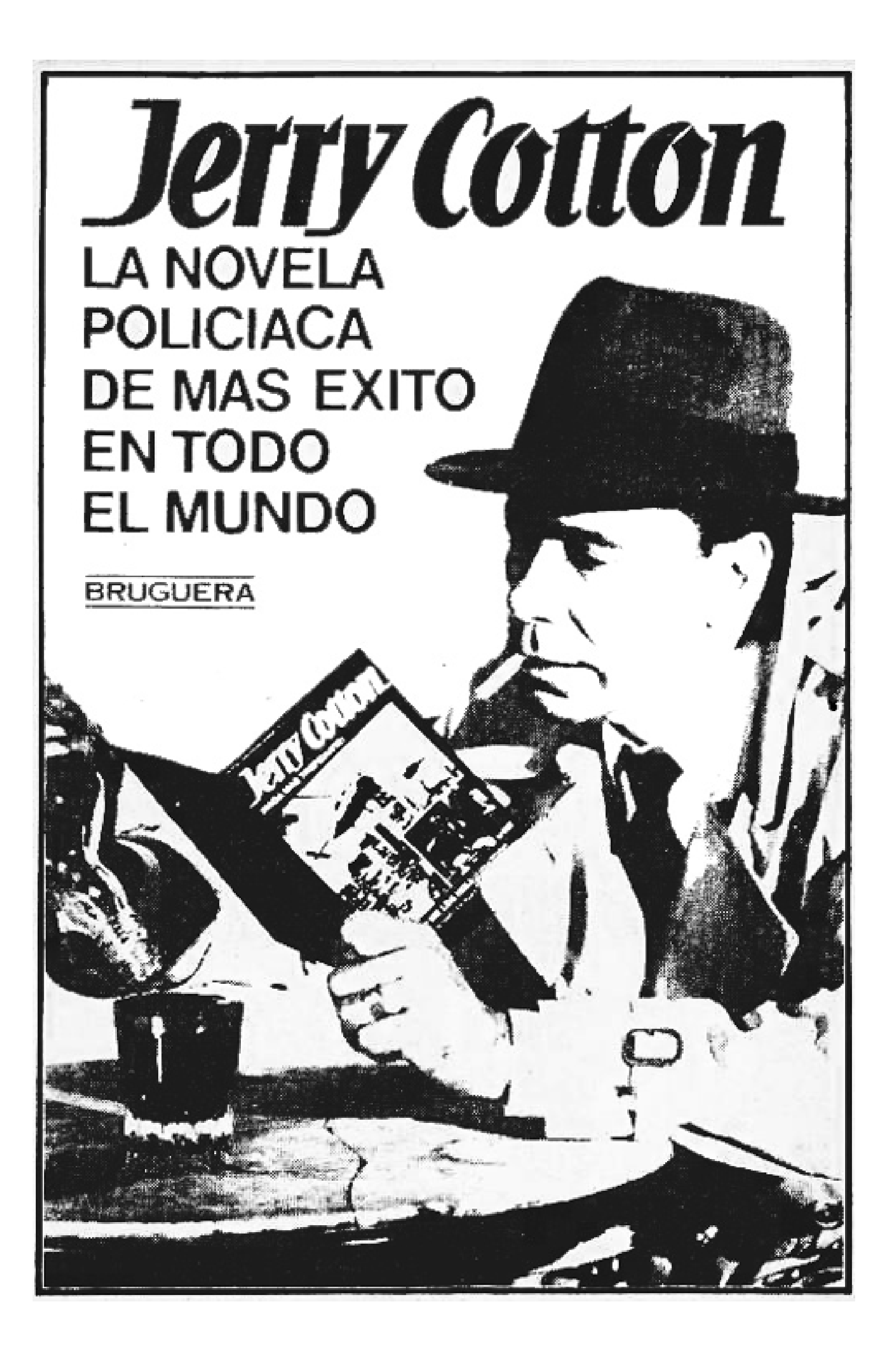


LOU CARRIGAN

BRUGUERA

FUSION

PLANETARIA



Jerry Cotton
LA NOVELA
POLICIACA
DE MAS EXITO
EN TODO
EL MUNDO
BRUGUERA
Jerry Cotton

LOU CARRIGAN

•

FUSION PLANETARIA

La conquista del

ESPACIO

BRUGUERA

ENCONTRARA OBRAS DE ESTE MISMO AUTOR

EN LAS COLECCIONES DE

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

QUE SE DETALLAN A CONTINUACION:

Servicio Secreto

Punto Rojo

Bisonte Serie Roja

Bisonte Serie Azul

Búfalo Serie Roja

Búfalo Serie Azul

Selección Terror

La Conquista del Espacio

1.ª edición en España: mayo, 1985

1.ª edición en América: noviembre, 1985

texto

cubierta

Impreso en España - Printed in Spain

ISBN 84 02 02525 0 / Depósito legal: B. 11.498 – 1985

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Carretera Nacional 152, km 21,650. Parets del Vallès (Barcelona) – 1985

CAPITULO PRIMERO

La nave era circular, de tono plateado, y no llevaba distintivo alguno.

Se desplazaba silenciosa y majestuosamente a una velocidad de suspensión que tan sólo diez años antes, al iniciarse el siglo XXI en la Tierra, era inimaginable. Ahora, sin problema alguno, una nave de sus características podía volar a cincuenta kilómetros por hora como mínimo, y conseguir en determinado momento aceleraciones del orden de los doce a quince mil kilómetros por hora.

Y no sólo esto, sino que la nave podía quedar inmóvil sobre determinada zona, talmente como si fuese una nube o un espejismo.

Así estaba en aquellos momentos: inmóvil sobre la llanura de Manchuria, no demasiado lejos de la ciudad de Tsitsihar, y a una altura de treinta kilómetros aproximadamente. Desde esta altura, sus cámaras obtenían con toda facilidad película sobre el objetivo.

Si objetivo podía llamarse a la llanura poblada de reses y por la que discurría fangoso y lento el río Sungari, camino del Amur.

Dentro de la nave, cuyas proporciones no eran inferiores a los diez metros de diámetro, había solamente dos ocupantes: el comandante Lance Foreman y la capitana Marylin Grant, ambos miembros de la Fuerza Técnica Espacial de los Estados Unidos de América.

La nave no necesitaba más tripulación. Podía llevarla, pero no necesitaba más personal. Su sistema de mandos, por medio de ordenadores, permitía incluso que los dos únicos ocupantes pudieran programar sus vuelos y dedicarse tranquilamente a dormir o hacer lo que les viniera de gusto, que preferentemente solía ser estudiar. En alguna ocasión, muy pocas, la nave había cumplido cometidos bélicos, pero no era lo que agradaba a sus dos tripulantes. Preferían viajar solos que con la nave llena de soldados espaciales. Preferían realizar misiones como la actual que arriesgar su nave y sus vidas en combates que resultaban siempre brevísimos y espectaculares...

—Estamos de suerte —dijo la capitana Grant—. En esta época del año casi siempre está nublada toda esta zona, pero hoy está despejado.

—Pues entonces no debieron enviarnos en esta época del año a



fotografiarla —replicó el comandante Foreman, sentado junto a ella ante los paneles de mandos.

—Ya.

—¿Qué significa ese «ya»? —la miró Lance.

—Significa que si nos han enviado en esta época del año, es porque el trabajo tenía que hacerse en esta época del año.

—Ya.

—¿Lo ves? —rió Marylin—. ¡Tú también has dicho «ya»!

—De acuerdo —sonrió Lance—. Bueno, ¿qué ves tú en todo esto?

Señaló la pantalla en la que aparecían las imágenes que estaban tomando en película. Así no había posibilidad de error: era como disponer de un punto de mira con teleobjetivo, lo que aparecía en la pantalla era lo que las cámaras estaban tomando.

Es decir, la llanura y las reses.

—Sólo veo campo y vacas —dijo Marylin—. Vacas chinas, claro.

—No son vacas.

—¡Claro que son vacas! Vacas chinas: o sea, de esas que dan leche amarilla..., o que cuando menos vuelve amarillo al que la bebe.

Lance Foreman sonrió cortésmente la broma de su compañera de vuelo, y movió la cabeza, insistiendo:

—No son vacas. O si lo quieres mejor expresado: no son propiamente y exactamente vacas. Observa la ampliación.

En una de las pantallas auxiliares apareció ampliada una pequeña porción de la imagen general que estaban filmando. En esta pequeña porción de imagen podían verse las reses en cuestión, como si las estuvieran observando desde un helicóptero que volase a unos cincuenta metros de altura.

Marylin Grant observó con toda su atención las reses. Para ella eran vacas, y punto. Aunque... No, no eran exactamente vacas. Parecían vacas, pero tenían cuernos de alce, o algo parecido, y sus formas se redondeaban tal vez demasiado, recordando vagamente un hipopótamo.

—Atiza —dijo Marylin, atónita.

—¿Son vacas?

—Pues... no sé. Parecen vacas, tienen cosas de vaca, pero... yo diría que no son exactamente vacas. Eso sí: tienen unas ubres enormes... ¡Qué animales tan raros!

—Ahí quería yo llegar. Estoy convencido de que...

Un leve silbido interrumpió a Foreman. Este y Marylin miraron vivamente hacia la pantalla de alarma, donde habían aparecido tres diminutos puntos que pronto adquirieron una forma oblonga borrosa. En la pantalla de alarma comenzó a sonar un bip-bip cada vez más fuerte. Lance Foreman lanzó una maldición, y volvió la mirada hacia Marylin.

—Son tres. ¿Los esperamos?

—No —rechazó la bellísima capitana—. Y no es por miedo: es que estamos aquí en vuelo de espionaje territorial, no en vuelo de combate.

—Pues eso es lo que debe haber cabreado a los chinos: que estemos espiando su territorio.

—Tal vez no sean chinos.

—¿Qué otra cosa?

—Rusos.

—No creo —rechazó Lance—. Bueno, terminemos la charla y larguémonos. ¡A ver si nos pillan los chinitos!

La nave salió disparada verticalmente a una velocidad de arranque no inferior a los trescientos kilómetros por hora. En cuestión de segundos la ascensión se producía a mil por hora. Antes del medio minuto, comenzando ya el vuelo curvo, había alcanzado los cinco mil kilómetros por hora, y estaba ya lanzada hacia el Noreste, en dirección al Mar de Ojotsk, dejando hacia el Este el Mar del Japón.

Marylin señaló la pantalla.

—No nos dejan —se inquietó—. Y me parece que los chinos tienen unas naves formidables.

—No serán mejores que esta nuestra —rechazó Lance.

—No sé si serán mejor, pero lo seguro es que no son peores. Nos vienen mordiendo el trasero.

—Vaya... ¡Eso es algo que me gustaría hacer a mí!

—¡No creo que puedas morderte el trasero! —rió Marylin.

—A mí mismo, no, pero a ti sí puedo mordértelo.

—Oh, vamos, Lance, ya hemos hablado de eso en varias ocasiones... Somos compañeros de trabajo, eso es todo.

—Puedo citarte los casos de muchos compañeros de trabajo como nosotros que se hinchan de hacer el amor durante sus vuelos. Para eso ponen en las naves personal masculino y femenino, ¿sabes?: para que unos y otras tengan sexo si les apetece.

—Pero es que a mí no me apetece.

—Cielos, ¡eres frígida!

—No..., pero nos van a dejar pronto fríos a los dos si no nos tomamos en serio esta persecución. Sean chi nos o sean rusos disponen de unas naves mejores que las últimas que detectamos.

—Y tienen vacas con cuernos de alce —asintió Lance.

En la pantalla de alarma se vio perfectamente cómo las tres naves persecutoras disparaban contra ellos. Tres delgadas líneas luminosas cruzaron la pantalla. La nave norteamericana vibró fuertemente, y por un instante pareció que todas sus funciones fueran a detenerse. Marylin emitió un encantador gritito de sobresalto, y se apresuró a programar la máxima aceleración... En la pantalla de averías apareció el aviso del impacto recibido. Lance farfulló otra maldición, y varió el rumbo, buscando mayor altura. La nave, que había estado volando apenas a diez mil metros, ascendió bruscamente, alcanzando muy pronto la cota de los cincuenta mil. En la pantalla de alarma persistían las imágenes de las tres naves perseguidoras.

—Pues vaya con los chinos...

Lance seleccionó una de las naves chinas, la centró en el punto de mira, y lanzó una descarga doble de energía solar. A unos veinte kilómetros por detrás de la nave norteamericana, la nave china elegida recibió el impacto de lleno, y se desintegró, dejando como un diminuto y brevísimo sol en el espacio.

—Buen tiro —elogió Marylin—, pero eso va a hacer enfadar más a los otros dos.

—De todos modos se han propuesto derribarnos...

Abajo, a simple vista, se veía tierra y el Mar de Ojotsk. En la brumosa distancia casi podía adivinarse la península de Kamchatka. Deberían volar por encima de ella, y cruzar acto seguido el Mar de Bering a toda velocidad, para aterrizar en la base de Alaska. Los dos mil y pico de kilómetros de mar eran un juego de niños para la nave espacial.

—Siguen ahí —parecía asombrado Lance—. Esos chinos se han propuesto que los aniquilemos.

—Me parece que no es eso exactamente lo que se han propuesto.

—¿Pues qué otra cosa? Nuestras naves son superiores, y acabamos de demostrárselo. Ellos sólo nos han hecho cosquillas, y nosotros les hemos destruido ya una nave. Deben ser masoquistas.

En la pantalla aparecieron más disparos procedentes de las dos naves chinas. La nave norteamericana volvió a ser zarandeada. En la pantalla de averías apareció el nuevo aviso, grado ocho. La avería era mucho más seria esta vez. Casi inmediatamente recibieron otro impacto, y en la pantalla apareció otro ocho de advertencia.

La península de Kamchatka apareció en los censores.

Lance Foreman volvió a disparar contra los perseguidores. En la pantalla se vio cómo una de las naves chinas quedaba rezagada y perdía altura describiendo una línea ondulada que resultó graciosa.

—Me parece —masculló Lance— que esos chinos van a darse un buen baño.

Marylin iba a contestar al comentario cuando la nave recibió otro impacto, de intensidad nueve esta vez. Hubo una brusca deceleración, y la nave norteamericana se desplomó como una simple piedra durante no menos de veinte kilómetros, mientras cruzaban como una exhalación la península de Kamchatka y divisaban el Mar de Bering.

La recuperación de la estabilidad provocó un silbido horrísimo en la nave. Marylin contemplaba los indicadores con sus azules ojos muy abiertos.

—Si seguimos hacia la base directos nos va a alcanzar —advirtió —, pues estamos perdiendo velocidad. Deberíamos desviarnos más hacia el Norte, donde hay una gran masa nubosa. Estaremos igualmente dentro del radio de acción de sus censores, pero no nos verán. ¿No puedes derribarlos?

—Hay avería en el sistema defensivo. De acuerdo, vamos directos

hacia el Norte. De todos modos aterrizaremos en cualquier lugar de Alaska... Voy a llamar a la base avisando de los últimos acontecimientos... ¡Maldición!

—¿Y ahora? —se alarmó Marylin.

—Hemos quedado incomunicados.

—Utiliza el sistema de emergencia...

—Tampoco. ¡Nos han acertado bien esos malditos! Esperemos que al menos la nave responda para aterrizar.

—Sí, pero no muy bien. Viajamos oscilando.

—¡Y todo por unas vacas!

—No son vacas —dijo Marylin.

—¡Al demonio!

Una enorme masa nubosa los engulló. Marylin puso en funcionamiento todos los censores de proximidad inmediata. No había en la zona de peligro de colisión ningún cuerpo ajeno a ellos, excepto la nave china, que también se había metido en la masa nubosa. La velocidad de la nave norteamericana había descendido a ocho mil kilómetros por hora. Diez minutos más tarde volaban solamente a cinco mil por hora. Otros diez minutos después el vuelo se realizaba apenas a tres mil kilómetros por hora.

Lance Foreman insistía en pulsar los autorreparadores de radio, sin conseguir ningún resultado positivo. Ya les había ocurrido a ambos, volando en otras naves, la misma emergencia, y la reparación había tenido que ser atendida del único modo posible: manualmente.

—Estamos llegando al continente —murmuró Marylin—. Entraremos en él por encima de Nome. La nubosidad va a desaparecer en seguida, a unos cien kilómetros al frente. La velocidad de vuelo ha descendido a mil ochocientos por hora..., mil seiscientos..., mil quinientos...

—Aquí arriba no vamos a despistar a los chinos —reflexionó Lance Foreman—. En cuanto salgamos de las nubes nos van a hacer papilla. Sólo hay un modo de intentar despistarlos: vuelva a nivel de tierra firme.

—Lance, si se nos pone por delante una montaña a esta velocidad...

—Reduce la velocidad a doscientos. Quizá los chinos nos pasen por encima y se metan en Alaska dejándonos tranquilos..., y con el riesgo de que los detecte una de nuestras naves de vigilancia.

—Mientras sigamos con los motores en marcha nos estarán detectando —encogió los hombros Marylin—, de modo que todas nuestras tretas son inútiles, Lance.

—La idea consiste en aterrizar —gruñó él.

—¿Aterrizar? —respingó Marylin—. ¿Dónde?

—Donde podamos. ¿Tenemos otra alternativa?

—No... No.

—Pues vamos a aterrizar.

La masa nubosa terminó, entre la isla de San Lorenzo y la costa continental. Efectivamente, la nave china había pasado por encima de ellos, adentrándose como una exhalación en Alaska. Lance Foreman soltó una risita de burla y se frotó alegremente las manos.

—Casi podríamos intentar llegar a la base y...

—Están volviendo. Los chinos vuelven —señaló Marylin la pantalla—: naturalmente han comprendido la jugada.

—Pues no tenemos más remedio que aterrizar. Ve perdiendo altura y velocidad...

—El sistema de retención no funciona: en cuanto detenga los motores no «descenderemos» sino que «caeremos».

—Pues busca un sitio blando donde caer y procura parar los motores lo más cerca posible de tierra... Busca nieve. Veamos, pimpollo exquisito, suculenta frigida: ¿puedes hacer el aterrizaje de emergencia por deslizamiento o precisas de la inigualable y fuerte mano del hombre?

—Vete al cuerno, bobo —rió Marylin.

La nave descendió más, comenzó a rozar montañas. Lance puso en pantalla los mapas de la zona, facilitan do las coordenadas a Marylin, que las tecleaba rápidamente en el ordenador. En la pantalla de alarma seguía presente la imagen de la nave perseguidora. La velocidad era ahora de ochenta por hora. Marylin ordenó la mínima: cincuenta. Al poco apareció el extensísimo bosque de gigantescos

abetos. Lance miraba como hipnotizado la información cartográfica.

—Hay un claro a veinticinco kilómetros —murmuró—. Para los motores.

—Dios tenga piedad de nuestros cuerpos —oró Marylin.

—Será de nuestras almas.

—No, de nuestras almas ya la tiene, y además no son nuestras almas las que están en peligro, sino nuestros cuerpos. Si la nave no se detiene a tiempo nos convertiremos en una enorme hamburguesa con ella incluida contra los abetos del final del claro.

—Tienes razón, entonces: Dios tenga piedad de nuestros cuerpos.

Marylin paró los motores. Apareció el claro, una enormidad blanca tirando a azulado. Habían viajado hacia la noche, y comenzaría a oscurecer antes de me dia hora. Marylin miró a Lance, que masculló:

—¿Lo ves? ¡Si al menos hubiéramos echado unos cuantos polvos...! ¡No me digas que ahora no te arrepientes!

—Pues la verdad es que sí, porque...

—¡No me mires a mí! —aulló Lance.

Pero en realidad ya todo era inútil. Todos los sistemas de funcionamiento de la nave habían sido desconectados... Lo que cincuenta años atrás habría sido denominado como un «platillo volante» caía ahora sobre la nieve igual que una piedra plana lanzada contra la superficie del agua para que se deslizase rebotando...La nave tocó la nieve, fundiendo un largo trecho, licuándola en el acto con el tremendo calor de la fricción. Hubo un tremendo chisporroteo, apareció vapor de agua como un extraño géiser; luego la nieve pulverizada saltó a ambos lados de la nave formando dos surtidores. Enorme, poderosa, reluciente, la nave se fue deslizando y rebotando sobre la nieve, dejando ahora en ésta una ancha raya.

Lance Foreman había abierto el visor directo al exterior. Los abetos estaban muy lejos, pero la velocidad de la nave, su impulso, era más que suficientes para que terminase de recorrer la distancia... El comandante y la capitana contemplaron aterrados cómo la nave se dirigía directamente hacia el espesísimo bosque de enormes abetos cubiertos de nieve. En un momento los vieron a menos de medio kilómetro, y Lance accionó los cinturones de seguridad. Los quinientos metros fueron recorridos como en un suspiro. Los abetos aparecieron ante sus ojos. Pareció que pudiesen tocarlos con las manos.

Al primer impacto con ellos Lance y Marylin perdieron el conocimiento.

Mientras tanto, la nave, como un disco afilado, fue partiendo abetos y adentrándose en el bosque cada vez más lentamente.

Cuando se detuvo varios de los abetos partidos cayeron sobre ella, sepultándola con sus ramas y con toneladas de nieve.

CAPITULO II

Marylin se recuperó primero, y durante unos según dos estuvo contemplando estupefacta lo único que se podía contemplar a través del visor directo: la oscuridad de la reciente noche. Una oscuridad que tenía una luminiscencia lechosa, como una luz agrisada, debido al resplandor de la nieve.

De repente, todo volvió a la mente de Marylin, que reaccionó y miró a Lance, sujeto a su puesto por las bandas del cinturón anatómico de seguridad. Ella se desprendió del suyo, saltó del asiento, y se colocó ante el comandante, poniéndole dos dedos en un lado del cuello. Suspiró al comprobar que estaba vivo y caliente..., aunque sentía como un ramalazo de frío que llegaba de alguna parte insólita. Es decir, no tan insólita. Simplemente, en la nave se había producido una grieta en alguna parte.

—Lance —lo zarandeó suavemente tras retirarle el cinturón—. ¡Comandante Foreman!

—¿Eh...? ¿Qué? —alzó la cabeza Lance, como un gracioso muñeco.

—Por el momento estamos vivos —dijo Marylin—. Ha anochecido, y tenemos una grieta en la nave.

—¿No puedes dosificar un poco las malas noticias? —masculló Lance, pasándose las manos por la cara.

—Lo de estar vivos no es una mala noticia.

—¿Y los chinos?

—Ni idea. He recobrado el conocimiento un minuto antes que tú. No sé dónde pueden estar... Supongo que han regresado a China. Por supuesto supieron que nos estrellábamos, y debieron darse por satisfechos.

Lance reflexionó brevemente al respecto, y movió la cabeza con gesto negativo.

—No creo —rechazó—. Su insistencia en derribar nos sólo se correspondería con su voluntad de encontramos ahora.

—¿Qué quieres decir?

—Por lo que sea, y al estar la nave en silencio, nos han perdido la pista. No pueden captarnos con sus sensores, y sus ojos, simplemente, no pueden vernos. Pero no se han marchado. Deben estar todavía buscándonos... Quieren destruir la nave, o cuando menos, la película que estuvimos tomando sobre Manchuria.

—¿Tanta cosa por unas vacas?

—No eran vacas. Además... quizá fotografiamos algo más, algo que nosotros no hemos sabido ver o identificar. Como sea, la insistencia de persecución de los chinos sólo tendría sentido si ahora nos estuvieran buscando aunque sea a pie. Lo contrario sería absurdo.

—O sea, que si salimos de aquí nos vamos a topar con una patrulla de navegantes chinos a pie dispuestos a conseguir la película sea como sea.

—Eso creo.

—Pues se me ocurre una idea —argumentó Marylin.

—A lo mejor se parece a la mía: vamos a vestirnos el uniforme de emergencia, recojamos todo el equipo adecuado, retiremos el bloque filmado de su cámara, y abandonemos la nave antes de que la encuentren los chinos... ¿Hay algún parecido entre tu idea y la mía?

—¿Parecido? ¡Son idénticas!

—Manos a la obra. ¡Demonios, qué frío hace aquí dentro!

—Debe haber alguna grieta. Vamos a por los equipos... Tendremos que salir por la torre, pues la salida de la base estará hundida en la nieve.

—¿Qué más da? El caso es salir. Bueno, menos mal que conocemos la nave de punta a punta, y podemos movernos en esta oscuridad... Dame la mano.

—Sé caminar sola..., mi comandante.

—Oye, no creerás que en momentos como este estoy pensando en cosas íntimas, ¿verdad?

—Por si acaso.

Rieron los dos en la oscuridad, y abandonaron la amplia sala de mandos para desplazarse a la de emergencia, donde tenían que recoger el equipo. Llegaron sin problema alguno, y recurrieron a una

simple linterna de pilas solares para colocarse adecuadamente los equipos y recoger todo el material, incluidas armas de mano, provisiones concentradas, pilas especiales térmicas para mantener el calor del uniforme de fibra metálica...

El frío era intensísimo.

—Esto no es normal —dijo Marylin, con voz temblorosa; incluso se oyó el entrechocar de sus mandíbulas.

—Piensa que ahí fuera debe haber una temperatura inferior a los cuarenta bajo cero —recordó Lance—. Estamos en Alaska, querida. Pero no me preguntes en qué punto de Alaska. Es decir..., estamos en Alaska, ¿no?

—Eso dices tú —tembló de nuevo la voz de Marylin—, pero Alaska o no, este frío no es normal. Es... horroroso. No deberíamos sentirlo con tanta intensidad, ahora que llevamos puestos los uniformes de emergencia... Y las pilas térmicas funcionan, naturalmente.

—Sí —murmuró Lance... Eso es cierto. Y yo también estoy empezando a sentir un frío... extraño. Es como... si lo tuviera dentro del cuerpo, no como si me llegara del exterior. Tal vez no deberíamos salir de la nave, porque si aquí dentro, y con los equipos especia les, tenemos tanto frío, ahí fuera vamos a morir congelados.

—Yo creo que ahí fuera no debe hacer tanto f...

Marylin calló de golpe, y se estremeció fuertemente. Lance la miraba con fijeza.

—¿Qué te ocurre?

—Hay alguien dentro de la nave... ¡Dios mío, hay alguien... o algo dentro de la nave!

Lance Foreman parpadeó. Estuvo un par de segundos mirando los ojos de su compañera de trabajo. Le constaba perfectamente que Marylin Grant, además de ser guapísima, era una mujer consecuente, valiente y siempre serena, perfectamente equilibrada. No podía ser de otro modo. En realidad, la capitana Grant estaba preparada para hacer prácticamente todo cuanto pudiera hacer un comandante de nave espacial, incluidas las proezas físicas.

—¿Te encuentras bien? —se interesó.

—Lance, hay alguien aquí dentro —casi gritó Marylin, dando

tiritones.

—Bueno, no debes ponerte así por unos cuantos chinos que...

—¡No son los chinos!

El comandante Foreman se pasó la lengua por los labios. De repente recibió lo que le pareció una... oleada de frío sólido, algo que jamás había sentido antes. Tuvo la sensación de que prensaban su cuerpo con barras de hielo, y, al mismo tiempo, la súbita certidumbre de que, en efecto, existía cerca de él una presencia... no usual, la presencia de algo que jamás antes había tenido cerca.

—¿Lo... lo has sentido? —tartamudeó Marylin.

El asintió. El frío le penetraba como si toda su carne se estuviese congelando a marchas forzadas. Iba decir algo cuando, de repente, vio el resplandor amarillento en alguna parte. Percibió en alguna parte de su entorno aquel resplandor, y Marylin lo percibió también. Instintivamente, Lance Foreman empuñó su arma de doble acción. Podía colocarla de modo que disparase cápsulas disuasorias, consistentes en un anestésico paralizante, o bien podía disponer que disparase descargas neutrónicas capaces dé disolver el acero o de provocar el simple *shock* o la muerte.

El resplandor amarillento procedía de uno de los pasillos de comunicación. Era una tonalidad como fosforescente, pero decididamente amarillo, un amarillo vistoso, nítido.

Marylin también apercibió su pistola, y se apretó contra Lance, ahora tomándose de su mano. Los dos estaban al borde de la congelación pese a los trajes de emergencia con dispositivo térmico... Vieron el resplandor como moviéndose de un lado a otro.

—No pueden ser los chinos —susurró Lance—. Esa luz no es... luz para iluminar, es luz... de combustión. Pero no hay nada en esta nave que pueda combustionar, y menos de ese modo. Vamos a ver de qué se trata... No podemos quedarnos quietos, o vamos a morir congelados.

Salieron de la sala de emergencias, y, en el acto, en el pasillo, vieron aquellas cuatro o cinco cosas luminiscentes. Eran como manchas de humo amarillo, verticalmente alargadas, que flotaban. El frío llegaba directa mente de ellas, con una intensidad sencillamente in soportable.

Lance Foreman hizo lo único que se le ocurrió para intentar desprenderse del frío: alzó la mano armada y disparó contra las

manchas de humo amarillo.

Una de las manchas adquirió una luminosidad más viva, muchísimo más intensa; por un instante pareció que dentro de la nave se hubiera encendido una lámpara de millones de vatios, que se combustionó enseguida, con un leve crujido, apenas un chisporroteo. Inmediatamente, y mientras Marylin y Lance se protegían los cegados ojos, se oyó como un gemido de dolor, y en seguida todo quedó de nuevo en total silencio y oscuridad.

—¿Qué ha pasado? —jadeó Lance.

—No lo sé. ¡Lance, no veo! ¡Estoy ciega!

—Tranquilízate... Encenderé de nuevo mi linterna... Tranquilízate.

—Pero... ¿qué era *eso*?

—No lo sé.

Encendió la linterna. El sí veía, de modo que comprendió que Marylin también debía ver, aunque tarda se unos cuantos segundos más. En efecto, la capitana recuperó la visión normal muy pronto. Ambos fueron al lugar donde habían vistos las manchas de humo amarillo, y no encontraron nada, ni tan siquiera un mínimo rastro de la combustión de la mancha contra la que había disparado Foreman.

—Ya no hace tanto frío —advirtió Marylin.

Lance asintió. La tomó de la mano y subieron al reducido espacio de la torre, de cierre tan hermético que la ranura ni siquiera podía ser detectada. Los mandos normales no funcionaban, de modo que una vez más los dos pilotos tuvieron que recurrir al arcaico sistema manual.

Cuando alzaron la compuerta sintieron en seguida el aliento de la nieve, aquel frío intenso, pero que les pareció encantador comparado con el que habían sentido dentro de la nave. Sí, la palabra exacta era «encantador» comparándolo con el frío amarillo.

Marylin lanzó una exclamación, tocó a Lance en un brazo, y señaló hacia la oscuridad. Es decir, precisamente señaló donde no había oscuridad... Lance vio la forma oblonga salpicada de puntos de luz sobre la nieve, más allá de la enorme cicatriz que su nave había abierto en el bosque. La nave de los chinos se había posado en el inmenso claro, quizá a un par de kilómetros de la linde del bosque, que ahora los rodeaba. Con la compuerta habían tenido que apartar

una buena cantidad de nieve, y la nave entera estaba como sepultada bajo abetos y toneladas y toneladas de nieve, parte de la cual se deslizaba hacia el interior por la compuerta que ellos habían abierto.

Recortadas contra las luces de la nave china vieron unas siluetas oscuras moviéndose.

—Son por lo menos seis —susurró Lance—, y vienen hacia aquí. Será mejor que nos larguemos.

—Pero... ¿adonde?

—No lo sé, cariño. Pero te diré una cosa: llevamos una película que esos chinos quieren a toda costa. Y no creo equivocarme si digo que también nos quieren a nosotros, por si hemos visto la película o directamente lo que sea que hubiera en Manchuria.

—¡Yo no vi nada!

—Eso lo dices tú, pero ellos no lo saben. Además, quizá viste algo que ni tú misma sabes lo que es... en estos justos momentos, pero que podría resultar revelador en otro lugar y circunstancias. ¡Demonios, tenemos que largarnos, eso es todo! Esos chinos deben ser del Ejército Espacial, preparados especialmente para combate, y nosotros sólo somos dos. ¡Vamos, Marylin, tenemos que alejarnos, no importa hacia dónde!

Se deslizaron sobre la nieve que sepultaba la nave y por encima de enormes troncos de abeto que exhalaban fragancia de savia fresca. Hacia frío, pero perfectamente soportable contando con sus equipos térmicos.

La nave quedó atrás. Caminaban sin prisa y sin pausa, hundiendo sus pies en la hermosa nieve virgen. En un momento dado se detuvieron a tomar aliento, y oyeron voces chinas como si las tuvieran allí mismo, y comprendieron que los chinos habían encontrado la nave. Gruesos chorros de vapor salían de las bocas de ambos. Las capuchas protegían sus orejas, la nuca y la garganta, pero todavía iban a rostro descubierto, reservando el consumo de calor que habrían ocasionado si se hubieran puesto las escafandras de plástico.

Oyeron más voces chinas. Parecían llegar como en bandeja, flotando suavemente. La noche era hermosísima, y comenzaba a verse por entre los abetos un resplandor de luna. En el cielo despejado veían de cuando en cuando alguna estrella, por entre ramas. Ocasional mente, un montón de nieve se desprendía de las armas, y caía con blando rumor.

Las voces de los chinos comenzaron a sonar tras ellos.

—Maldita sea —masculló Lance, expeliendo andanadas de vapor —. ¡Y vamos dejando más huellas que un mamut! ¡Maldita nieve!

Marylin no dijo nada. La fatiga comenzaba a hacer su efecto en ella, y ambos sabían que la simple superioridad física de Lance duraría muy poco más. Claro que los chinos también debían estar fatigándose muchísimo con aquella caminata sobre la nieve...

—Lance... Lance, no puedo... no puedo más... ¡No puedo! Sigue tú, con... con la película, y yo les... le haré frente y los...

—Cierra la boca —jadeó Foreman—. Les haremos frente los dos, y se van a enterar de...

La luna terminó de salir en aquel momento, proporcionando un resplandor realmente bellísimo e insólito, bajo el cual distinguieron por entre los abetos el grupo de rocas sin nieve. Se acercaron, y vieron el negro agujero entre las peñas sobre las que de cuando en cuando caía algún copo de nieve desde los abetos que, precisa mente, impedían que la nieve cayera normalmente sobre el lugar, formando como una enorme sombrilla.

—Te diré lo que vamos a hacer —jadeó Lance, al borde del agotamiento—: vas a quedarte en esa gruta con la película, y yo seguiré alejándome por la nieve. Pensarán que te llevo sobre mi espalda, y me seguirán. Y como también son humanos tendrán que darse por vencidos en un momento y otro, ¿no?

—O caerás tú. Prefiero...

—Yo soy el comandante —cortó tajante Foreman—, y tú eres mi auxiliar de vuelo y colaboradora de misión, de modo que harás lo que yo te diga para que ésta sea cumplida. ¿Me he explicado bien?

—Sí señor —se resignó Marylin—. A sus órdenes, señor.

—Vete al cuerno. Déjame ayudarte a llegar allá...

Por detrás de ellos oyeron, de repente, los gritos de los chinos. No voces más o menos susurradas, sino auténticos gritos. Por entre los abetos divisaron el resplandor de varios disparos, y más gritos, uno de ellos sencillamente escalofriante. Estuvieron oyendo rumor quizá durante medio minuto, y luego reinó de nuevo el absoluto silencio. Los dos estaban inmóviles a pocos metros del grupo de rocas protegidas de la nieve y en las cuales se veía la entrada a la gruta.

—Parece que los chinos... ya no nos siguen —susurró Marylin.

Lance no contestó. Todavía estuvieron inmóviles quizá otro minuto, escuchando, pero solamente alcanzaron a oír los blandos chasquidos de pellas de nieve cayendo desde las ramas de los abetos. La luna seguía proporcionando una iluminación bellísima y nítida. Parecía de cristal. Todo sugería un mundo diferente, algo tan distinto a lo que estaban acostumbrados Marylin y Lance que por un momento tuvieron ambos la sensación de hallarse en otro planeta, en un planeta inédito, lejano, desconocido, terrible y hermoso a la vez, absolutamente impresionante.

Lance tomó por la cintura a Marylin, y caminaron hacia la gruta. Desde la boca de entrada Lance envió la luz de su linterna al interior, por si había algún animal que pudiera representar algún peligro para ellos, pero no había nada preocupante. Solamente, en el suelo, vieron unos cuantos montones de excrementos, que contemplaron pensativamente.

—¿Qué te parece? —gruñó Lance—. Estamos en el siglo veintiuno, hemos conquistado el espacio cercano, nos peinamos con rayos láser..., y no sabemos cómo son los excrementos de oso, de lobo o de lo que sea. ¿O tú sí lo sabes?

—No, ni idea —negó Marylin—, pero por la cantidad yo diría que han de ser de oso. Quizá sería mejor que nos fuésemos de aquí, Lance.

—Nada de eso. Los chinos, por lo que sea, han dejado de perseguirnos, y por tanto no tenemos que correr riesgos caminando de noche en un lugar tan hostil a nuestros recursos habituales. Nos vamos a quedar aquí a pasar la noche, y si algún oso intenta molestarnos, sintiéndolo mucho lo desintegraré. Es una cuestión de elección entre él y nosotros. Y eso es todo, capitana Grant.

—A la orden, señor.

Lance Foreman soltó un gruñido. Se aseguró de que la gruta, de reducidas dimensiones, no reservaba ninguna sorpresa, y se acomodaron en un rincón. Ingirieron algunos comprimidos vitamínicos, y luego, decidieron a esperar allí el nuevo día, se colocaron los cascos y regularon la pilas para conseguir durante toda la noche una temperatura justa para sobrevivir.

Allí, en un rincón de una gruta perdida en cualquier lugar de Alaska, apoyándose el uno en el otro, los dos pilotos norteamericanos se fueron quedando adormilados. El último en dormirse completamente fue Lance, tras haber intentado por todos los medios

permanecer despierto para vigilar.

* * *

Consecuentemente, la primera en despertar fue Marylin Grant, que se quedó mirando como absorta el leve resplandor dorado del nuevo día. ¿O podía ser alguna de aquellas manchas de humo...?

No. Era simplemente el amanecer. Todo estaba en calma, no se oía nada. Apoyado entre ella y la pared Lance dormía profundamente. Marylin estuvo no menos de diez minutos quieta, sosegada, viendo cómo la luz diurna iba adquiriendo intensidad. Desde el exterior llegaba a la gruta un airecillo frío y limpio, con sugerencias de belleza y salud.

Marylin sonrió, apartó suavemente a Lance, dejándolo apoyado en la pared, y se puso en pie. Se quitó el casco de plástico y redujo todavía más el consumo térmico del traje especial, que se ceñía a su espléndido cuerpo poniendo de manifiesto la belleza de sus formas.

Se acercó a la salida, y estuvo atisbando sigilosamente, sin ver ni oír nada que le causara la menor inquietud. Terminó por salir, aspirando a pleno pulmón el aire frío y llenándose los ojos de belleza virgen, de blancura excepcional, de cegadores rayos de sol.

Miró hacia lo alto del grupo de rocas, y calculó la posibilidad de que desde allá arriba pudiera alcanzar a ver la enorme explanada donde ellos habían aterrizado de emergencia y donde habían visto la noche anterior el artefacto chino. ¿Estarían los chinos todavía allí?

Se volvió, para emprender la ascensión.

Y entonces lo vio.

Marylin Grant tuvo la sensación de que un rayo descargaba sobre su cabeza y le secaba el cerebro. Fue una sensación espantosa de incredulidad y asombro, de insoportable pánico y de irrealidad. El sol le daba de lleno, lo iluminaba en su totalidad.

Tal vez alcanzaba los dos metros y medio de estatura, y, en cierto modo, parecía un ser humano, concretamente un hombre, pues salvo error por parte de Marylin, distinguió, confusamente, lo que debían ser los testículos y un pene sencillamente enorme. Por lo demás, estaba entre el hombre normal y el gorila, tenía una cantidad de vello intermedia entre ambos, y ciertamente disponía de cabeza, dos extremidades superiores y dos inferiores; estas últimas, empero, carecían de manos propiamente dichas, y las inferiores ostentaban

unos «pies» que parecían simples y colosales calabazas.

Pero lo más horrible, impresionante y espeluznante era la cabeza y lo que podía denominarse rostro. Había abundante cabello rojo en la cabeza, algo así como una áspera e indómita maleza salvaje. En cuanto al rostro, sólo disponía de boca. Una boca enorme y saliente, cerrada por delgados labios que parecían de piedra. No había ojos en aquel rostro; ni ojos, ni cejas, ni nariz... Solamente una enorme boca; lo demás en todo liso, como... como si salvo la boca todo el rostro de aquel ser fuese pura y simple mejilla.

Y, sin embargo, Marylin Grant supo que él la esta *viendo*.

Las funciones vitales de Marylin se reactivaron de pronto. Ella tuvo la impresión de que se le hacía un agujero en el estómago, de que el cuerpo temblaba como a punto de romperse, de que la cabeza le daba vueltas.

El grito salió de lo más profundo de su ser:

—¡LAAAAANNNNNCEEEEE...!

CAPITULO III

—Caramba —dijo Lance Foreman—, ¡nunca en mi vida había vivido tan bien como ahora! ¡Estoy pasando unos días de fábula!

—Yo también —sonrió Marylin Grant.

El le dirigió una torva mirada.

—¿De veras? —gruñó.

—Claro que sí. ¿Qué te sorprende? Estamos tratados como si fuésemos reyes de la humanidad, no trabajamos, tomamos el sol, comemos los manjares más exóticos, exquisitos y apetitosos que todavía pueden conseguirse en el planeta, han puesto una villa formidable a nuestra disposición nada menos que junto al mar en una zona cálida, nos hallamos protegidos, mimados, preservados de todo mal y todo esfuerzo... ¡Naturalmente que estamos pasando unos días fabulosos! —Pero... ¿no te falta nada?

—¡Oh, no! ¡Otra vez lo mismo, no, Lance, por favor!

Foreman frunció el ceño, estuvo unos segundos mirando fijamente a la capitana Grant, y luego dirigió una hostil mirada en su entorno. Veamos: se hallaban, en efecto, en un lugar junto al mar donde poquísimas personas tenían acceso. Disponían de una casa magnifica, piscina, campos de tenis, bosque de palmeras, un jardín precioso lleno de arbustos floridos... Comían lo que querían, no tenían responsabilidades, ni trabajaban en nada... Por ejemplo, Marylin, a la que le había dado por tomar el sol durante aquellos días, estaba de muerte.

O sea, para morir de amor por ella.

Porque claro, para tomar el sol, la muy consecuente e inteligente capitana Grant había optado por hacerlo completamente desnuda, sin parar mientes en la presencia de su compañero de servicio, el inflamable Lance Foreman, el cual estaba que echaba chispas hasta por las orejas. Porque vamos, una cosa era haber superado educacionalmente todos los tabúes y malentendidos del sexo en el año 2010, y otra cosa era que durante casi todo el día un bombonazo como Marylin se le estuviera paseando desnuda ante sus narices.

Para morirse.

La pregunta era: ¿realmente a Marylin no le importaba pasear desnuda de un lado a otro o lo estaba haciendo para ver si de una vez por todas lo enloquecía y le provocaba hasta tal punto que saltaba sobre ella y...?

Sin ir más lejos, en aquel mismo momento mientras conversaban Marylin yacía sobre una blanca toalla sobre la verde hierba: Se había puesto unas flores entre los rojos cabellos, y su cuerpo relucía como reflejando el mismísimo tono dorado del sol. Para comérsela viva.

Pero claro, ella no reaccionaba porque era frígida. Tenía que ser frígida, claro que sí. Porque si Lance Foreman hubiera sido un alfeñique patituerto y contra hecho habría tenido justificación su rechazo, pero resultaba que si en hembra la capitana estaba de muerte, en varón el comandante Lance Foreman estaba de infarto, con su cerca de metro noventa, sus rubios cabellos, sus músculos de atleta olímpico, y sus treinta y dos años rebosantes de vitalidad y atractivo masculino desde la punta de los cabellos a las de las uñas de los pies.

—De verdad, ¡no te comprendo! —masculló Lance—. ¡Que me desuellen vivo si te comprendo!

—¡Pero mira que eres pesado, Lance!

—¡No veo por qué estando solos, juntos, siendo jóvenes, sanos y fuertes, y teniendo los dos ganas de hacerlo no hemos de hacerlo!

—No me apetece.

—¡No me digas que nunca piensas en hacer el amor!

—Sí que pienso, pero no me viene de gusto hacerlo contigo.

—¿Se puede saber por qué?

—¡Pero bueno!, ¿quieres hacer el favor de dejarme en paz? ¡Te estás obsesionando! ¡No me da la gana de hacer el amor contigo como el que se come una avellana, y ya está!

—Pues es como mejor funcionan estas cosas: sin apasionamientos ni enamoramientos ni nada parecido. Se echa un polvo sanísimo, y ya está. ¿Para qué quieres complicarte la vida con todo eso del amor?

—¡Eso está bueno! ¡Y lo dices tú, que según me has contado estos días te has enamorado catorce o quince veces!

—Bueno, pues contigo dieciséis. ¿Es que no me crees?

—Lance —Marylin se sentó, y el movimiento elástico y turgente de sus bellísimos pechos sobresaltaron al comandante—, si no me dejas en paz voy a pedir que nos separen. O te tomas algún calmante y me sigues viendo como una compañera de vuelo o pido que me lleven a otro sitio. ¿Está claro?

—¡Pero es absurdo que no echemos un buen polvo! con lo bien que se pasa! ¡Todos los compañeros de vuelo lo hacen!

—Se acabó —refunfuñó Marylin—: ¡ahí te quedas, pelma!

Se puso en pie, y se dirigió con un despampanante caminar hacia la casa. A Lance Foreman se le saltaban los ojos de las órbitas viendo las vibraciones del cuerpo de la capitana. La iba a violar. Sí señor, la iba a seguir a la casa, la iba a tumbar sobre una de las camas y... Pues eso.

Se puso en pie y partió rápidamente tras ella, que de pasada había recogido su albornoz y se lo iba poniendo. Lance hizo lo mismo. Entró siempre en pos de Marylin en la casa, cruzó el salón, estaba a punto de alcanzarla en el vestíbulo..., y entonces entró en la casa el jefe de la vigilancia de todo el perímetro reserva do para ellos dos solos.

—Mi comandante —dijo—: acaban de llegar.

—¿Quiénes? —casi gritó Lance.

—Los científicos, señor.

—¿Qué científicos?

—Los que avisaron que vendrían del Centro Biológico —parpadeó el militar—. Recuerde que nos dijeron...

—Lo recordamos perfectamente, Sandy —dijo amablemente Marylin—. Por favor, tráelos al salón. Y preparad algún refresco. Avisa a la cocina, por favor.

—*Okay* —sonrió Sandy, saliendo de la casa.

Lance apuntó a Marylin con un dedo que parecía una viga.

—Te ha salvado la chiripa —aseguró—. Si no llega a ser por esta maldita visita estarías a punto de ser violada.

—Vamos, Lance, no -digas más tonterías. Y vamos al salón. No vamos a recibirlos discutiendo en el vestíbulo.

Marylin regresó sobre sus pasos, tomó a Lance de una mano, y tiró de él hacia el salón, riendo. Lance quedó de pie, y ella se sentó en una butaca, de espaldas al resplandor solar del jardín.

—Más científicos —gruñó Lance—. ¡Estoy hasta aquí de científicos! ¿Qué más quieren? ¡Ya hemos explicado treinta mil veces todo lo que vimos allá, no vamos a inventarnos nada nuevo!, ¿verdad? Estoy más que harto de estar aquí encerrado. ¡Quiero volver al espacio!

Marylin se limitó a suspirar con resignación. Hacía falta tener una gran dosis de paciencia para soportar a Lance Foreman desde que regresaron de Alaska y los habían confinado, y la verdad era que a ella se le estaba agotando.

—¿No tienes nada que decir? —masculló Lance.

—No.

—¿Acaso no lo hemos dicho todo? Hemos dictado el retrato robot de Ho un millón de veces, lo hemos descrito de todas las maneras, hemos detallado lo de las manchas de humo... ¡Todo! Pero ni así nos dejan en paz. ¿Y qué me dices de las vacas de Manchuria...?

—No eran vacas —sonrió Marylin.

—Precisamente. ¿Te das cuenta? La película que tomamos ha revelado que los chinos están creando una nueva raza vacuna que produce más leche, que procrea más, y que aumenta de peso más rápidamente, con lo que sus problemas alimentarios están disminuyendo, y que sus problemas alimentarios están disminuyendo, hasta es posible que dentro de cinco años puedan exportar carne. ¡Hemos realizado la misión más interesante de los últimos diez años de espionaje internacional técnico científico! ¿Y qué? ¿Te han dicho algo, te han felicitado por ello? ¡Ni siquiera se menciona ese trabajo, sólo hacen que interrogarnos sobre aquel... aquel grandullón estúpido!

Sin duda Lance Foreman habría despotricado mucho más si el teniente Sandy no hubiera regresado, acompañando a dos personas, a las que abrió la puerta del salón y cedió el paso, presentándolas inmediatamente:

—El profesor Lucius Orwell y la doctora Agatha Baker. Ambos vienen directamente del Centro Biológico con todos los permisos para esta entrevista. Aseguran que dentro de seis minutos el señor Presidente se comunicará con ustedes por el Canal Special Six.

Lance Foreman y Marylin Grant parecían no oír. Sólo miraban. Lance miraba a la doctora Baker, y Marylin al profesor Orwell. Este debía tener unos cincuenta años, pero parecía tener poco más de treinta; era un ejemplar rebosante de vitalidad, de mirada directa y arrolladoramente inteligente, desmenuzadora, penetrante; una barbita con unas cuantas hebras blancas, haciendo juego con las de las sienes lo convertían en un ejemplar masculino prototipo de películas no aptas para solteronas cardíacas.

En cuanto a la doctora Baker no parecía tener más de veinte años, era morena, de cuerpo delgado, flexible, blanco y delicado, y vestía como si fuese imposible encontrar un vestido en el que no le sobrase ropa; sus senos eran menudos, sus piernas largas, su cuello esbelto y blanquísimo... Tenía los ojos grandiosos y negros, la boca grande y roja, y su lustrosa cabellera negra y ondulada era como un marco de sorprendente luz para una belleza fascinante, serena y explosiva a la vez. Había en sus rojos labios gorditos una deliciosa mueca de impaciencia que provocó en Lance Foreman toda una tempestad en sus órganos de hombre insatisfecho.

—Voy a por los refrescos —dijo Sandy, casi riendo.

Salió del salón. Lance Foreman se acercó a los recién llegados, y tendió la mano al profesor Orwell, que sólo tenía ojos para Marylin. Se estrecharon la mano, y Orwell se dirigió hacia Marylin. Lance tomó la mano que le tendía la doctora Baker y la apretó. Sintió como el estallido de una bomba dentro de su cuerpo, y se dio perfecta cuenta de que Agatha Baker enrojecía in tensamente, y su boca quedaba entreabierta.

—Creo —oyó como en sueños Lance la voz del profesor Orwell— que lo primero que debemos hacer es conectar el Special Six.

Lance se volvió a mirarlo. Orwell todavía tenia en tre las suyas la mano de Marylin, y ésta mostraba una insólita palpitación en la garganta. El comandante Foreman movió la cabeza, fue hacia el televisor de servicio, y lo conectó, eligiendo rápidamente el Canal Seis. Apareció la carta de ajuste mostrando unos símbolos químicos que ni Lance ni Marylin pudieron descifrar, y a los que los recién llegados no hicieron el menor caso.

—Parece que están ustedes muy bien instalados —comentó Orwell.

—Todo lo bien que se puede desear —asintió Lance—» aunque empezamos a aburrirnos.

—¿Se aburren en este paraíso? —exclamó Agatha Baker.

—Es un paraíso incompleto —gruñó Lance Foreman—. Pero bueno, sería injusto quejarse de cómo nos están tratando desde que regresamos con noticias sobre la existencia de Ho.

La carta de ajuste cambió, mostrando un reloj. Sandy entró, acompañando a dos hercúleos guardias de seguridad que hacían las funciones de camareros. Los refrescos fueron servidos. Una voz anunció en el televisor que el señor Presidente de los Estados Unidos John William Fitzroy iba a pasar una comunicación, Diez segundos. Nueve segundos...

Cero.

La imagen señorial e imponente del rubicundo presidente norteamericano apareció en la pantalla.

—Comandante Foreman, capitana Grant, si los horarios previstos se han cumplido en estos momentos, ustedes han recibido ya la visita del profesor Orwell y la doctora Baker, cuyas imágenes les ofrecemos a continuación —las imágenes de ambos recién llegados aparecieron y permanecieron cada uno cinco segundos en la pantalla—. El profesor Orwell y la doctora Baker han tomado parte en un concurso científico absolutamente secreto que se ha realizado en el Centro Científico Nacional con el fin de determinar quiénes ofrecían un... programa de investigación más presumiblemente productivo respecto a la criatura de Alaska a la que llamamos Ho, y que hasta la fecha, según parece, solamente ustedes dos de entre todos los habitantes del planeta Tierra han podido ver y contarlo. En el mencionado concurso, el profesor Orwell y la doctora Baker han resultado vencedores, en el sentido de que sus sistemas de acercamiento a Ho han merecido la mayoría de votos del jurado científico. Esto implica que ambos han sido nombrados jefes absolutos científicos de una expedición que partirá en breve hacia Alaska en busca de Ho. Ustedes dos, comandante Foreman y capitana Grant, irán al mando de la nave laboratorio y de una docena de oficiales de combate especialmente entrenados para lugares nevados. Les ruego que atiendan las peticiones y consultas del profesor y la doctora como si yo personalmente se las formulara. Muchas gracias y buenas tardes.

La imagen del presidente desapareció, y apareció el águila. Foreman apagó el televisor. Su mirada fue de nuevo hacia la doctora Baker.

—Marylin y yo estamos seguros de que ustedes conocen de sobras

las explicaciones más que repetidas que hemos dado respecto a lo sucedido en Alaska hace dos semanas.

—Desde luego —asintió Orwell—. Hemos escuchado todas las grabaciones y visto todas las películas sobre ustedes. Pero a nosotros, comandante, nos gustaría escuchar directamente de ustedes la parte sustancial del asunto.

—¿A qué llama usted parte sustancial? —inquirió Marylin.

—Veamos... Todo lo de su viaje por encima de Asia, su misión, su fuga perseguidos por naves chinas, lo sabemos, y, sin ánimo de molestarles, no tiene el menor interés para nosotros. Tampoco tiene mayor interés saber que finalmente ustedes dos pudieron reparar el sistema de comunicaciones de la nave para indicar su posición aproximada de modo que fueron localizados y rescatados. Tampoco nos interesa lo de las vacas chinas...

—No son vacas —gruñó Lance.

Marylin se echó a reír, y Orwell le dirigió tal mirada al escote más que abierto del albornoz que la capitana se atragantó.

—¿De qué se ríe usted? —preguntó Agatha Baker.

—Es que no eran vacas —gruñó Lance—. Y estamos más que hartos de decirlo también.

—Si no eran vacas..., ¿cómo las llamarían ustedes

—En todo caso, vacapótamos —sugirió Lance.

Orwell sonrió. La doctora Baker lanzó una carcajada que fue como si de pronto hubiera sonado música en el salón. Orwell alzó las manos.

—De acuerdo —dijo—. No nos interesa lo de las vacas chinas..., lo de las vacapótamos, quiero decir. Tampoco diría que nos interese demasiado el asunto de las... manchas de humo amarillo, combustible sin residuos y que producían aquel frío insoportable. Sin embargo, nos gustaría, antes de hacer la prueba de las imágenes, que nos repitieran todo lo referente a Ho.

—¿Prueba de imágenes? —alzó las cejas Marylin— ¿A qué se refiere?

—Disponemos de un receptor de imágenes mentales comandante. Lo llamamos Mind Receiver, y capta las imágenes que usted sea capaz

de concretar en su mente. Es decir, que si usted realmente consigue recordar a Ho, nosotros lo veremos en la pantalla que forma parte del equipo del Mind Receiver.

—¿Está bromeando?

—Vamos, eso es algo muy viejo, comandante.

—Funcionando mal, ya sé que es muy viejo. Pero usted habla de eso como si la imagen de Ho... o de cualquier otra cosa pudiera aparecer en una pantalla televisiva como... un programa corriente de televisión ¿Lo he entendido bien?

—Muy bien.

—¿Y es así?

—Siempre que usted consiga ofrecer una imagen clara, así es.

—O sea, que la claridad y precisión de la imagen sólo dependen del sujeto emisor, no del aparato receptor.

—Exactamente. Si usted recuerda bien la imagen, y l proyecta con claridad, en la pantalla aparecerá con toda claridad. Pero el Mind Receiver está siendo instalado en estos momentos en la nave que utilizaremos para este viaje, así que ahora no podemos hacer ninguna prueba con ella. En esta espera, Agatha y yo agradeceríamos que se molestaran una vez más explicándonos cómo es Ho y qué hizo exactamente cuando la capitana Grant se tropezó con él... ¿Por favor, capitana Grant?

Marylin asintió, y describió con todo detalle al ser e Alaska sin ojos que ella había visto aquella mañana dos semanas atrás al salir de la gruta donde habían pasado la noche.

—O sea, usted salió, estuvo un momento contemplando el paisaje, y al volverse lo vio —murmuró Orwell.

—Exactamente. Entonces llamé a Lance... ¡Dios bendito, me asusté tantísimo que me costó modular la voz, pero cuando lo conseguía grité como si me estuvieran despellejando!

—¿Por qué motivo? Según entiendo Ho no había hecho nada que indicara agresividad, cólera u hostilidad.

—Es cierto. Escuche, profesor: sencillamente *me asusté*. ¿No puede comprender esto? No había visto en mi vida nada semejante... ¡Por el amor de Dios, medía casi tres metros, tenía unos pies enormes, y

brazos que en lugar de manos tenían... muñones, o algo así, y en su... cara sólo había una boca... horripilante!

—¿Horripilante? —intervino Agatha Baker—, ¿Por qué la define usted como horripilante? ¿Tenía mucho dientes agudos, o quizá más de una quijada, o le sobresalían colmillos, o tal vez la dentadura era negra, roja...?

—Bueno, era... una boca enorme, pero no vi... nada especialmente anormal. ¡Sólo lo enorme! Creo... que podría haberse metido en ella un coco, y seguro que habría triturado como nosotros trituramos una cereza

Los dos científicos contemplaban inmóviles y sumamente interesados a Marylin. Agatha asintió al cabo de unos segundos.

—Bien —dijo—. Usted lo vio, y en seguida llamó comandante Foreman. Entonces, el... sujeto desconocido comenzó a decir algo así como «Ho, Ho, Ho...», ¿Eso fue todo lo que dijo? ¿Ninguna otra cosa, ninguna otra sílaba o palabra?

—Nosotros sólo le oímos eso: Ho. Por eso, luego pusimos ese nombre.

—Muy comprensible. Bueno, el comandante Foreman, al oírla, despertó y salió a toda prisa de la gruta con la pistola preparada para disparar contra cualquier enemigo. Evidentemente, pensaba en los, chinos de la nave que les había perseguido hasta Alaska, y que luego no pudo ser hallada. Está claro que esa nave china regresó a Asia... Decíamos, comandante, que usted salió de la gruta, armado y preparado para disparar, y vio a Ho en seguida. ¿Cierto?

—Sí. En seguida. El estaba casi de frente a la gruta. Marylin y yo podíamos verlo igualmente bien, ella desde la izquierda de Ho, y yo desde su derecha... Estaba allí, desnudo, peludo, enorme... ¡Demonios, era algo... increíble!

—¿Por qué no le disparó usted?

—¿Yo? ¿Por qué tenía que dispararle?

—Está bien claro que cuando menos Ho había provocado el pánico en la capitana Grant, ¿no es así?

—Sí... Desde luego, sí. Bueno, era para asustar a cualquiera, ¿comprende?

—¿Se asustó usted?

—Francamente, me llevé un buen susto, sí.

—Pero no le disparó. Y la capitana Grant, que así mismo tenía su arma al cinto, tampoco pensó, según parece, en sacar la pistola de la funda y disparar con tra Ho, cuando cabría decir que esta reacción por parte de ustedes dos habría sido considerada del todo normal.

—Pues debemos ser anormales —gruñó Foreman—. Maldita sea, ¿por qué tenía que dispararle? El estaba allí, eso era todo.

—Estaba allí —pareció reflexionar Agatha—. Bueno, ¿qué hizo Ho al aparecer usted, comandante?

—Volvió el rostro hacia mí.

—O sea, que usted también experimentó la sensación de que él le estaba *viendo*.

—Sí. Pero no tenía ojos. Su cara era... como una pared. Lisa. Sólo tenía la boca. Bueno, él volvió el rostro hacia mí, y entonces yo dije «Dios bendito», o algo así, y me quedé quieto mirándolo. Marylin dejó de gritar de repente, y también se quedó mirándolo. Fueron unos segundos... de lo más extraño, los tres estábamos quietos, quietos, quietos... De pronto, Marylin suspiró. Entonces, Ho volvió el rostro hacia ella, movió la cabeza, y dijo «Ho, Ho, Ho», dio la vuelta, y se dirigió hacia el fondo del bosque. Yo le apunté con la pistola, y le grité: «¡Alto ahí o disparo!» Marylin también sacó su arma, y le apuntó, y le ordenó que se estuviera quieto. El se volvió, movió la cabeza de uno a otro, dio la vuelta, y continuó alejándose. No sabíamos qué hacer. Dudamos entre ir a por él o bien ocuparnos de nuestros asuntos, que consistían en procurar ser rescatados y naturalmente entregar la película tomada sobre Manchuria. Decidimos ocuparnos di nuestros asuntos. Y aquí estamos.

—Pero hasta que repararon el sistema radial y fueron rescatados transcurrieron tres días, ¿no es cierto: Y en ese tiempo... ¿no volvieron a ver a Ho?

—No. Pero él estaba allí. *El estaba allí.*

—¿Cómo lo saben, si no lo vieron? ¿Tal vez hizo ruido? ¿Quizá le oyeron decir «Ho, Ho, Ho»...? -

—No le oímos ni le vimos, pero él estaba allí... Nos estaba *viendo*.

—¿Ustedes han pensado en lo... imposible que es que un ser... más o menos parecido al humano sobreviva desnudo en unos bosques donde los cuarenta y hasta sesenta grados centígrados bajo cero se

alcanzan con toda normalidad?

Marylin y Lance se quedaron mirando hoscamente a Lucius Orwell, el cual sonrió y alzó las manos como pidiendo disculpas.

—¿Quieren añadir algo más? —sugirió Agatha Baker.

Los dos negaron en silencio. Orwell se sirvió más refresco, y dijo:

—Puesto que al parecer ya no hay más que hablar por el momento, ¿qué tal si nos relajamos todos y nos tomamos el asunto en plan de amigos en día de asueto? Mañana nos llevarán a la nave en la que hemos de partir hacia ese lugar de Alaska, y dispondremos entonces de mucho tiempo para seguir ocupándonos de todo esto. Mientras tanto… quizá sería tan amable de acompañarme en un paseo por los jardines, capitana Grant.

—Sí, cómo no… Iré a vestirme…

—Al contrario —rió Orwell—, ¡seré yo quien se ponga ropas más cómodas para andar por aquí! Supongo que ya han subido nuestro equipaje de mano a alguna habitación.

—Les acompañaremos a ellas —dijo Marylin, poniéndose en pie.

Salieron los cuatro del salón, y subieron al primer piso, donde estaban los dormitorios. Marylin dirigió una irónica mirada a Lance cuando éste, tras localizar la maleta de Agatha Baker en uno de los dormitorios, entró tras ella.

Por su parte, Foreman cerró la puerta de la habitación, y se quedó mirando a la jovencísima científica. Ella, que había hecho ademán de comenzar a desvestirse, se quedó mirando fijamente a Lance, que ni siquiera parpadeó. Agatha Baker comprendió que él no pensaba salir para que ella se desnudara, de modo que procedió a hacerlo de todos modos. Lance esperó a que estuviese completamente desnuda, y entonces se acercó a ella, y la abrazó por la cintura. La piel de Agatha era como seda tibia, y su aliento llegó al rostro de Lance Foreman con frescor de hierba recién llovida.

Lance se inclinó, y la besó en la boca. Sintió un estremecimiento en todo el cuerpo, y se sintió inundado de calor cuando Agatha introdujo su lengua en su boca.

Cuando dejó de besarla, susurró, apenas sin aliento:

—¿Qué prefieres? ¿Pasear por el jardín o que nos quedemos aquí a hacer el amor?

—Que nos quedemos aquí —susurró ella, abrazándose a su cuello.

CAPITULO IV

—Ahí está la señal —señaló Foreman hacia delante a través del visor directo de la nave—. Todo sigue igual.

—O parece que sigue igual —murmuró Marylin.

Lance asintió, y se dedicó a observar la maniobra de Marylin, de nuevo convertida en su auxiliar de vuelo. Acababan de localizar el bosque y la cicatriz que en éste había producido su nave anterior segando abetos como si fuesen simples espigas, que ahora se divisaban caídos sobre el ancho camino dejado por la nave.

Sobrevolaron la blanca extensión desarbolada, y Marylin, finalmente, descendió con toda suavidad la linde del bosque, lo más cerca posible de donde había quedado la otra nave, que ya había sido retirada. Marylin interrumpió todos los contactos, y la nave quedó definitivamente inmóvil. El silencio se percibió entonces de modo más compacto. Marylin suspiró, y dijo:

—Bien... Ya estamos aquí otra vez.

—Conecta el ambientador.

La capitana Grant obedeció. Cuando se conectaba el ambientador se percibían en la sala de mandos todos los ruidos, cualesquiera que fueran, que hubiera en el exterior a menos de cien millas de la nave.

No oyeron absolutamente nada. Es decir, se percibiese... rumor extraño y admirable de silencio infinito.

—No esperarías que él estuviese esperando ahí fuera para recibirnos gritando ¡Ho, Ho, Ho! —miró Marylin a Lance.

—Si quieres que te diga la verdad, creo que no volveremos a verlo jamás. Y todavía quiero añadir que hay momentos en que tengo la impresión de que no lo vimos, de que todo fue un espejismo.

—Tú y yo no vemos espejismos —rechazó Marylin—. Lance, él estaba allí, nosotros lo vimos, y no importa lo que digan los demás, ni si en ese aparato que tenemos a bordo aparece su imagen proyectada por nuestras mentes. Nosotros lo vimos, y él nos vio a nosotros, eso es todo.

—Puedes estar segura de que me tiene sin cuidado que nos crean

o no.

—A mi también me tiene sin cuidado. ¿Le dijiste a la doctora lo del gemido de la mancha?

Lance la miró enfurruñado.

—Quedamos en que eso no se lo diríamos a nadie, para que no nos tomasen por locos. Porque una cosa era decir que habíamos visto un ser que se parecía más o menos remotamente a nosotros, y otra cosa era decir que unas manchas de... humo combustible habían gemido de dolor cuando se combustionaron. Quedamos en que eso no lo diríamos a nadie, ¿verdad?

—Sí, quedamos en eso —sonrió Marylin—, pero se me ha ocurrido que quizá en algún... momento tierno se te podía haber escapado con la doctora,

—¿Acaso tú se lo has dicho al profesor?

—¡Claro que no!

—Pues no será porque no hayáis tenido también vuestros momentos íntimos, digo yo. ¡Qué cosa tan curiosa! Tú y yo nos hemos pasado días y días sin hacer el amor, y llegan ellos y en la misma tarde yo lo hago con Agatha y tú con el profesor.

—¿Qué es lo que te parece curioso?

—En primer lugar, creía que eras frígida...

—¡Pregúntaselo a Lucius! —rió Marylin.

—También me parece curiosa tu elección —masculló Lance—. Maldita sea, ese profesor tiene veinte años más que yo, y es más feo y enclenque... ¡No lo comprendo! Llega él y te enciendes como una antorcha, y a mí no me permitías ni que te besara.

—O sea, que porque eres más guapo que Lucius o que otros ya está todo arreglado, ¿no es eso?

—Mujer...

—¿No quieres entenderlo? Hacer el amor contigo habría sido como comer sin apetito una de nuestras raciones de viaje. En cambio, hacer el amor con Lucius ha sido como estar hambrienta y encontrar un manjar natural. ¡Y yo quería hacerlo así, no porque sí!

—Tal vez tengas razón —sonrió Lance Foreman, de pronto—. A

mí me ha pasado algo extraño con la doctora... He tenido en mis brazos chicas más suculentas que ella, te lo aseguro, pero... No sé. Cada vez que la estrechaba entre mis brazos me sentía... como si fuese a derretirme. Es chocante.

—Tú sí que eres chocante —frunció el ceño Marylin—: ¿no comprendes que pura y simplemente te has enamorado?

—No digas tonterías —mascculló Lance—, Bien, no vamos a pasarnos el tiempo aquí filosofando, digo yo. Escucha, tenemos que resolver lo de la mancha amarilla que gimió cuando le disparé. Digo esto porque si es cierto que ese aparato, el Mind Receiver, funciona como ha dicho el profesor, ellos van a ver la mancha, y hasta es posible que la oigan gemir. O sea, si nosotros lo recordamos en el momento en que nos tengan conectados al M.R. aparecerá la imagen y el sonido, y entonces el profesor y Agatha se darán cuenta de que no habíamos dicho toda la verdad. De modo que pregunto: ¿nos sinceramos ya con ellos dos en ese sentido..., aun a riesgo de que nos tomen por locos?

—Podemos sincerarnos con Lucius y la doctora, pero poniéndoles como condición que no divulguen nuestra nueva versión hasta que haya sido corroborado por el Mind Receiver.

—De acuerdo. Sí, ahora que estamos aquí de nuevo, sólo con dos personas a las que dar explicaciones, quizá ha llegado el momento de ir diciendo toda la verdad. Pero con calma, ¿estamos?

—Con calma —asintió Marylin—. Bien, vamos a sal...

De repente oyeron el leve ruido por los sensores que auscultaban el entorno hasta cien millas. Un leve ruido que por el momento ninguno de los dos identificó, y que les impulsó a mirarse con leve sobresalto.

A los pocos segundos volvieron a oír el mismo ruido.

—No es él —murmuró Lance—, pero no sé qué puede ser.

—A mí me ha parecido crujir de nieve. Como si algo pesado la estuviera prensado..., o caminando sobre ella. Podrían ser... los pies de Ho.

—No —se obstinó Lance—. No es él.

—Ya no se oye.

Estuvieron muy atentos los siguientes tres minutos, sin volver a

percibir ruido alguno. Finalmente, optaron por dejar la cuestión de lado, aunque sin olvidarla, y tras asegurarse de que el lugar era adecuado proyectaron al exterior las patas neumáticas que penetraron en la nieve hasta encontrar tierra firme, asentarse allí, y elevar la nave de modo que quedó a nivel de la nieve, pero sin hundirse en ella.

Fijada la nave, y todos los controles en orden y sin señal alguna de alarma, Lance y Marylin pasaron a la sala militar, donde los doce oficiales especialmente entrenados para combates y supervivencia en la nieve, esperaban instrucciones, al mando del capitán Koneburg, que se puso en pie al verlos, y saludó a Lance Foreman,

—¿Salimos ya, señor? —inquirió.

—No. Hasta cambio de órdenes todos ustedes permanecerán en la nave. Todo lo que harán será turnos de vigilancia ante los censores, por si se produjera alguna alarma.

—¿Quiere decir que no vamos a salir a dar una batida para buscar a ese Ho, señor?

—Exactamente eso he querido decir —gruñó Lan ce—. Quiero que quede bien claro que nadie puede salir de la nave sin mi permiso expreso. Y espero que me hayan entendido todos perfectamente.

—Desde luego, señor.

—Bien... Muy bien. Envíe dos hombres a la sala de mandos. Eso es todo.

Lance y Marylin pasaron al laboratorio de la nave, donde estaban Agatha y Lucius, los dos fumando tranquilamente mientras comentaban las imágenes de un espectrómetro. Agatha sonrió al ver a Lance, corrió hacia él, y se colgó de cuello, besándole en los labios.

—Entiendo que ya hemos llegado —dijo alegre mente.

—Así es.

—¡Bien! —exclamó Orwell—. ¿Cuándo vamos a salir en busca de Ho?

Lance y Marylin cambiaron una mirada, y por fin la capitana, tras una simpática sonrisa, explicó:

—Bueno, hay algo que Lance y yo queremos que sepáis los dos: nosotros hemos... mentido por omisión en un detalle que ahora queremos que vosotros conozcáis respecto a nuestra anterior estancia

aquí.

—De modo que mentisteis —se sorprendió Orwell—, ¿Por qué?

—Porque ya era bastante fantástico lo de Ho, y no quisimos decir entonces públicamente que la mancha de humo amarilla contra la que Lance disparó y combustionó emitió un gemido.

—¿Qué? —exclamó Agatha, mirando vivamente a los ojos a Lance.

—Aquella... cosa gimió —masculló el comandante de la nave.

—Pero... ¿qué quiere decir que gimió?

—Gimió de dolor cuando le disparé.

—Bueno, pero... ¿gimió... como un animal, por ejemplo?

—Como una persona. Gimió como una persona a la que le meten una bala en las tripas, maldita sea, ¡lo estoy diciendo bien claro! Le disparé, gimió de dolor, y se combustionó. ¡Y mucho cuidado con lo que decís y cómo nos miráis! Marylin y yo somos dos especimenes humanos de lo más selecto en todos los sentidos, y ni nos emborrachamos, ni vemos visiones, no oíamos alucinaciones ni nada de eso. Aquella mancha de humo gimió de dolor, y eso es todo. ¿Entendido?

—Entendido —murmuró Lucius Orwell—. ¿Y qué se os ocurre que pudo significar ese gemido...? Quiero decir, aparte de expresar dolor. O sea: ¿qué os sugirió aquella mancha de humo cuando gimió?

—Un ser vivo —dijo en seguida Marylin.

Los dos científicos la miraron. Agatha movió la cabeza con un gesto de simpático pasmo. Orwell se estaba rascando la barba.

—¿Y por qué nos lo decís ahora? —preguntó de pronto.

—Porque ahora *estamos aquí* —dijo enfáticamente Lance—, y aquí tal vez todo cuando Marylin y yo digamos pueda ser comprobado.

—O sea, que esperáis realmente volver a ver a Ho y a esas manchas amarillas. Respecto a las manchas amarillas... ¿por dónde entraron en la nave? Porque si ésta hubiera tenido una grieta, como creísteis al principio, todo habría quedado explicado, pero puesto que no era así... ¿Por dónde entraron en la nave?

—Ya contestamos a eso en Estados Unidos — replicó Marylin—:

no tenemos la menor idea.

—Lo que el profesor quiere decir —sonrió Agatha— es que puesto que habíais omitido lo del gemido de la mancha amarilla tal vez habríais omitido también alguna otra cosa, alguna posible explicación de cómo un… humo amarillo pudo entrar en una nave absolutamente hermética que viaja por el espacio sin problema alguno.

—Respecto a eso no tenemos respuesta. Y no estamos seguros en absoluto de que volvamos a ver esas manchas. A Ho sí lo veremos.

De nuevo se quedaron Agatha y Lucius mirando fijamente a Lance Foreman.

—¿Por qué estás tan seguro de que lo veremos? —susurró Agatha.

—Bueno…, posiblemente él se deje ver cuando lo llamemos, como estuvo ocurriendo aquellos tres días.

—Dios bendito —jadeó Orwell—. ¿De qué estás hablando. Lance?

—¿Quieres decir —exclamó a continuación Agatha— que no es cierto que vierais a Ho una sola vez, sino que le visteis más veces por aquí?

—Lo vimos no menos de media docena de veces —asintió Marylin —. El aparecía cuando lo llamábamos… Bueno, no todas las veces, pero sí media docena. Nosotros lo llamábamos ¡Ho, Ho, Ho!, y él aparecía por algún punto del bosque, y se quedaba observándonos desde lejos. Yo creo que nos tenía miedo, pero al mismo tiempo se sentía… fascinado por nosotros. Lance y yo hemos estado comportándonos en todo momento como si esto no hubiera sucedido así, incluso en nuestras conversaciones privadas, por si alguien había decidido… espiarnos.

—Y lo decís ahora porque estamos aquí y podéis emostrar todo lo que decís —se excitó Lucius Orwell.

—Sí. Es decir, esperamos demostrarlo. Seguros no estamos, claro. Se nos ha ocurrido que quizá Ho esté en estos momentos muy lejos de este lugar. Pero la verdad es que pensamos que está en su gruta. Naturalmente, los excrementos que encontramos en aquella gruta eran de él.

—Cielo santo —se pasmó Agatha—. ¿Os dais cuenta de lo que significaría, científicamente hablando, demostrar la existencia de Ho?

—No, no nos damos cuenta… científicamente hablando —rió

Marylin—. Nosotros no somos científicos.

—Pues nosotros si —seguía excitado Orwell—, ¡y queremos salir en busca de Ho inmediatamente!

—De acuerdo —asintió Lance—. Todavía quedan dos horas de luz diurna, tiempo más que suficiente para llegarnos a pie a la gruta y volver.

—Tal vez podamos sorprender a Ho dentro de la gruta —se excitó ahora Agatha Baker.

—Desde luego que no —rió Marylin— nadie va a sorprender a Ho!

—Saldremos dentro de cinco minutos —dijo Lance Foreman.

* * *

En la gruta no había nadie, pero sí había excrementos en abundancia, de los cuales estaba recogiendo una muestra el profesor Orwell, mientras Agatha Baker examinaba detenidamente la gruta con una potentísima linterna. Excepto los excrementos no parecía que hubiera allí dentro nada que mereciera un especial interés científico, así que, finalmente, Agatha y Lucius salieron de la gruta.

Afuera, atentos al denso silencio, les esperaban Lance y Marylin, los dos un tanto crispados.

—Está aquí —dijo Lance—, pero se esconde.

—¿Cómo lo sabes? —exclamó Agatha.

—Sé que está aquí, pero no sé por qué se esconde.

—Evidentemente tiene miedo, ¿no? —dijo Orwell.

—Quizá no os recuerda —añadió Agatha—. Es más, tal vez ni siquiera disponga de memoria. ¿Por qué no lo llamáis? Ahora ya sabemos seguro que él no se va a dejar ver espontáneamente, pero quizá acuda si lo llamáis.

Lance titubeó, y acabó encogiendo los hombros. Acto seguido procedió a hacer la llamada.

—¡HO, HO, HO, HO...!

Estuvieron esperando en vano hasta la llegada de la noche la aparición del gigantesco Ho.

* * *

—Supongamos que aparece —inquirió Marylin, tendida en la cama junto al profesor Orwell—. ¿Qué pasaría? ¿Qué es lo que queréis hacer con él?

Lucius Orwell se acercó más a Marylin, y toda la cama de aire caliente se movió con suavidad. El científico besó a la capitana en un seno, y acto seguido preguntó, mirándola a los ojos:

—¿De verdad nunca lo hicisteis Lance y tú?

—¿Por qué habría de mentirte? —se sorprendió Marylin—. Tengo veinticuatro años, y he hecho el amor muchas veces desde los quince. ¿Por qué habría de negar haberlo hecho con Lance?

—Me gustaría saberlo, por curiosidad científica.

—¡Entonces no se trata de celos...! —se echó a reír Marylin—. ¡Qué gracioso eres, profesor! Te diré lo mismo que a Lance: simplemente no me venía de gusto hacerlo con él.

—Y conmigo sí. Tengo veinte años más que Lance, no soy precisamente un atleta, y en cuanto a guapo él lo es veinte veces más que yo. Así que, científicamente, cariño, me tienes desconcertado y aturdido.

—¿Y sexualmente? ;,Cómo te tengo física y sexualmente?

—Atrapado —rió Orwell—. ¿Crees que Lance y Agatha están haciendo lo mismo que nosotros?

—Conozco a Lance lo suficiente para decirte que la pobre Agatha no debe parar ni un momento... Lucius, quiero que contestes a mi pregunta: ¿qué pasaría si consiguiéramos hacer contacto con Ho?

—Tengo órdenes de llevarlo a Estados Unidos, naturalmente.

—¿Naturalmente? —se sentó de un brinco Marylin—. ¿Por qué naturalmente? ¡Lo *natural* es que él esté aquí!

—No discutamos —se resistió Orwell—. A fin de cuentas lo más probable es que jamás aparezca. Llevamos tres días esperando su aparición, y sólo por eso hemos ido posponiendo vuestro examen por medio del Mind Receiver... Marylin, no podemos esperar más.

—Estoy segura de que él vendrá —se obstinó Marylin.

—Te aseguro que Agatha y yo preferiríamos eso a tener que

conectaros al M.R., pero el hecho cierto es que Ho no aparece, y no vamos a pasarnos la vida aquí esperándolo. Podemos seguir en este lugar incluso semanas, desde luego, pero no sin hacer nada.

—¡Cómo nada...! —se encrespó Marylin—. ¡Estamos haciendo el amor! ¡Y si no te gusta...!

—Tranquila —la atrajo Orwell, sonriente, tendiéndola de nuevo junto a él—, me gusta muchísimo, Marylin. A decir verdad no sólo me gusta, sino que te amo, Pero una cosa no excluye la otra. Podemos seguir haciendo el amor, amarnos todo cuanto quieras..., pero no demorar más la parte científica de esta expedición, Quiero decir que si dentro de otros dos días Ho no ha aparecido tú y Lance tendréis que colaborar con el Mind Receiver. En base a la imagen que obtengamos de Ho proveniente de vuestras mentes, Agatha y yo deberemos redactar un informe completo para que en Washington decidan si vale la pena o no destacar un numeroso grupo de expertos que procedan a registrar sistemáticamente toda la zona. ¿De acuerdo?

—No mucho —refunfuñó Marylin—, ¡Estoy segura de que Agatha no le está hablando de nada científico a Lance!

* * *

—Cielos —suspiró Agatha, tras el último estremecimiento de placer profundísimo—. ¡Cielos, lo que me he estado perdiendo!

—¿A quién se le ocurre, permanecer virgen a los veinte años? —le sonrió Lance, tras intentar apartarse de ella, sin que ella se lo permitiera, pues le abrazó más fuertemente—. ¡No podía creerlo la otra tarde en el paraíso!

—¿Qué paraíso? —se sorprendió Agatha,

—La villa a la cual fuisteis Lucius y tú a buscarnos. ¿No te pareció un paraíso?

—¡Es verdad! —suspiró de nuevo Agatha, acariciando la musculosa espalda del comandante—. ¡Lo que significa que perdí la virginidad en el paraíso, no en un motel, o en un automóvil, o cualquier... aséptico hotel para enamorados estándar!

—Me parece que le estás dando demasiada importancia la virginidad.

—¿Acaso no la tiene? ¡Mi amor, significa exactamente que he sido una tonta hasta los veinte años!

Lance consiguió por fin desprenderse de los deliciosos brazos de la doctora Baker, y se quedó mirándola verdaderamente embobado. La delicada, casi frágil belleza de Agatha Baker era pura apariencia, pues bajo aquella suavísima piel ardían mil fuegos, y bajo aquellos preciosos senos menudos latía un corazón de tigresa en celo. Un beso de Agatha era como un pequeño volcán en erupción. Un abrazo de amor con ella era el estallido del mundo. Un...

—Mi comandante —soñó de pronto en el compartimiento la excitada voz del capitán Koneburg—, venga a ver esto, señor. ¡Vengan a ver eso!

CAPITULO V

Entraron los cuatro casi a la vez en la sala de mandos, tropezando unos con otros, todavía corriendo, ellos terminando de ponerse unos pantalones y ellas en vueltas de cualquier manera en las sedosas sábanas calientes de sus cuerpos y fragantes de amor.

Inmediatamente vieron a Ho.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó la doctora Baker.

Koneburg dejó de señalar la pantalla que recogía imágenes del exterior, y en la que se veía un primerísimo y espeluznante primer plano del rostro de Ho. En otra pantalla aparecía de cuerpo entero. Lucius Orwell había abierto la boca al verlo, y parecía de cuerpo entero. Lucius Orwell había abierto la boca al verlo, y parecía que ya no podría cerraría nunca más.

—Abran el visor natural —ordenó Lance.

La orden fue cumplida inmediatamente. A través del plástico de nítida transparencia pudieron ver a Ho, plantado en la nieve, a unos treinta metros de la nave. Orwell se acercó a la consola de mandos biplaza ocupada ahora por dos oficiales, y por fin pudo reaccionar.

—Ahí está —susurró—. Lo tenemos a cuatro pasos de nosotros... ¡Por todos los demonios, existe, está ante nuestras narices!

La sala de mandos estaba ahora concurridísima, pues el resto de los oficiales habían acudido a toda prisa. Todos los ocupantes de la nave se hallaban allí, con templando a Ho por medio de las pantallas y directamente a través de la carlinga dé plástico acerado.

—No parece… demasiado alto —murmuró Agatha.

—Si lo tuvieras a cinco metros no dirías eso —le dirigió una rápida mirada Marylin.

—No se le ven los pies —comentó Lucius Orwell.

—Se le hunden en la nieve, debido al peso —indicó Lance—. Por eso no se hunde más. Sólo se le hunden los pies, no como a nosotros, que a veces, por tenerlos más pequeños, nos hundimos en la nieve hasta las rodillas.

—¿Qué está haciendo? —susurró Agatha—. ¿Por qué no se acerca más?

—Es un monstruo —aseguró Koneburg—. ¡Ni si quiera tiene ojos! Debe ser un extraño engendro que sólo Dios sabe de dónde habrá salido! ¿Qué hacemos, señor? ¿Salimos a por él?

Lance no contestó. Seguía mirando fijamente a Ho a través del visor directo. La criatura permanecía inmóvil en la nieve, dándoles frente, pero sin aparente intención de acercarse más.

—¿Qué tenemos arriba? —preguntó de pronto Lance Foreman.

—¿Eh…?

—Arriba, en la cúpula, por el exterior. ¿Qué hay en estos momentos?

—Nada. Ni siquiera nieve, porque no dejamos que se vaya acumulando…

—Conecten el visor de la cúpula.

Uno de los oficiales obedeció rápidamente. En cuatro pantallas apareció lo que había en la cúpula, y que provocó no pocas exclamaciones de sorpresa: las manchas de humo amarillo estaban allí, sobre la nave. Destacaban bellamente sobre la visión de la nieve y la metálica estructura.

—Ahí están —susurró Lance, mirando a Marylin—. ¿Te das cuenta? ¡Ya te dije que estaban relacionadas con Ho!

—¿Qué pueden ser? —se mostraba excitadísima Agatha Baker—, Lucius, ¿qué puede ser eso?

—Desde luego no es humo —acertó a decir el profesor Orwell—, ¡pero no se me ocurre qué relación pueden tener esas manchas con un

ser vivo! Es decir… Bueno…

—Si admitimos que las manchas *también* son seres vivos todo podría resultar más fácil, ¿no? —deslizó Lance.

—Eso no puede ser un ser vivo, Lance —protestó Agatha.

—Pues digámoslo de otro modo… Digamos que es algo que *tiene vida*. ¿Lucius?

—¡Demonios, no lo sé! —protestó Orwell—. ¡Si no puedo analizarlas no puedo saber más que vosotros! Mis ojos sólo ven lo mismo que los vuestros.

—Y hablando de ojos —intervino Koneburg—: ¿qué clase de ojos tiene Ho? Yo no se los veo, pero él está *mirando*.

—Está mirando las manchas amarillas —asintió Lance—. Existe una relación entre él y ellas, pero no se me ocurre cuál… ¿Qué es eso que se está oyendo ahora?

Los sensores estaban conectados, y en efecto, dentro de la nave había comenzado a oírse un rumor, como una… voz, algo, un sonido que se repetía.

—Es algo así como wa wa-wa… —dijo Agatha—. Wa… Wa… Wa…
—Lo emiten las manchas de humo amarillo —dijo el oficial receptor y grabador—. No hay la menor duda al respecto: esos sonidos provienen de las manchas amarillas.

—WA… WA… WA… WA… —se oía ahora con toda claridad dentro de la nave.

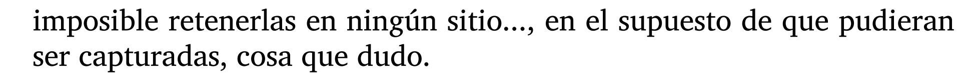
Y de repente, como un extraño trueno retumbante comenzó a oírse también:

—HO… HO… HO… HO…

—Se están comunicando —casi tartamudeó Agatha—. ¡Unas manchas de humo y un ser vivo se están comunicando!

—Tenemos que salir —dijo Orwell—. ¡Tenemos que salir inmediatamente! ¡Quiero tener a Ho dentro de esta nave cuanto antes! Y me pregunto… Me pregunto si habrá algún medio para atrapar una de esas Wa.

—Sabes que no puede haberlo —lo miró Lance—. Ellas entraron la otra vez en la nave, pese a su hermetismo, de modo que es


imposible retenerlas en ningún sitio..., en el supuesto de que pudieran ser capturadas, cosa que dudo.

—Está bien, ¡pero vamos a por Ho! ¿O crees que tampoco a él podremos capturarlo?

—No vamos a capturarlo —dijo hoscamente Lance—: simplemente, Marylin y yo vamos a intentar convencerlo para que él decida acercarse más. Vamos a vestirnos, Marylin... Los demás, cada cual a su puesto de emergencia total. Quiero los sensores al máximo funcionamiento, quiero saber todo lo que hay alrededor nuestro, qué ruidos se oyen... Todo. Y que quede grabado.

—Lance —se colocó ante éste Agatha Baker—, quiero salir contigo. ¡Por favor!

—Está bien —Lance miró a Orwell, y se anticipó a lo que éste iba a decir—. De acuerdo, saldremos los cuatro. ¡De prisa!

Ni siquiera cinco minutos más tarde la compuerta inferior de la nave se abría, y aparecía la escalerilla de descenso. Provistos de equipos especiales térmicos, pero sin los cascos, los dos científicos y los dos pilotos salieron de la nave.

Ho seguía en el mismo sitio. Parecía no tener la menor noción del tiempo, ni del frío. Agatha se volvió a mirar hacia la cúpula de la nave, y vio allí las manchas amarillas, formando ahora un confuso montón, como si se apelotonasen. Ya no decían Wa, ni se oía a Ho.

De repente, éste dio la vuelta, mostrando al moverse sus enormes pies como calabazas, y comenzó a alejarse de la nave y por tanto de los recién aparecidos ocupantes.

—Ho —llamó Marylin—. ¡Ho, vuelve! ¡No queremos lastimarte, vuelve!

Ho volvió su espeluznante rostro sin ojos, y continuó alejándose. Cada paso de él valía por tres de los intrusos en el hábitat.

—¡Dispárale! —gritó Orwell—. ¡Dispárale!

—¡No!

—¡No vas a lastimarlo de ninguna manera! ¡Dispárale cápsulas disuasorias! ¡Vamos, Lance, maldita sea!

—¡No!

—¡Lo vamos a perder en el bosque!

Era evidente que Lance Foreman se disponía a seguir negándose a disparar contra Ho. En aquel momento percibió la vibración de la llamada en su radio del cinturón. Aceptó en seguida, rabioso.

—¿Qué demonios quiere ahora, Koneburg?

—Señor, estamos captando conversaciones en ruso y en chino.

—¿Qué? —respingó Lance.

—En ruso y chino. Provienen del bosque a nuestro alrededor. Hay muchas voces, señor.

La mirada de Lance Foreman pareció saltar hacia el fugitivo Ho. Sin más explicaciones, el comandante sacó su pistola, colocó la posición de las cápsulas disuasorias, y disparó.

Unos cuarenta pasos más allá Ho se estremeció, pero no dejó de correr hundiendo sus pies en la nieve. Lance profirió una exclamación de incredulidad, y volvió a disparar contra el extraño ser. De nuevo acusó Ho el impacto, pero continuó corriendo…, aunque ahora vacilante, torpe. Lance no se lo pensó ni un segundo: disparó de nuevo, apretados los labios, hosco el gesto.

A más de cincuenta pasos de ellos Ho se tambaleó visiblemente y terminó por caer de bruces sobre la nieve.

—¡De prisa! —gritó Lance—. ¡Estamos rodeados de rusos y chinos! ¡Tenemos que llevar a Ho a la nave y escapar sea como sea!

Corrieron como pudieron hacia la yaciente figura de Ho. Por detrás de ellos las Wa se agitaban por encima de la nave como si fuesen llamaradas enloquecidas. Se oía ahora con más fuerza el Wa, Wa, Wa… Lance, Marylin, Agatha y Lucius corrían jadeantes, en cabeza el comandante y la capitana. Los alientos estaban comenzando a descompasarse, aparecían los gruesos chorros de vapor. Era un esfuerzo terrible intentar correr por la nieve hundiéndose en ésta hasta las rodillas.

De pronto, un punto rojizo brilló en el bosque. Por detrás de Lance y Marylin, la doctora Baker exhaló un gemido y cayó fulminada de bruces sobre la nieve. Lance volvió la cabeza.

—¡Agatha! —gritó.

Oyó el respingo de Marylin, la miró vivamente, y la vio en el

momento en que caía también de bruces, con los ojos muy abiertos. Lucius Orwell, sin aliento, palidísimo, se dejó caer. Por encima de la cabeza de Lance, que también se dejó caer sobre la nieve, crujían las cápsulas que le disparaban desde el bosque.

Un grupo de hombres no inferior a la docena salió de repente de entre los abetos. Lance distinguió bien sus formas, pese al equipo de blanca piel que utilizaban. Conocía de sobras aquel equipo, como había identificado las armas con las que les disparaban, en posición de asalto, más no de muerte. Tenían frente a ellos a los componentes de una de las patrullas rusas tierra-aire que solía utilizar Moscú para conseguir objetivos, delicados.

Como por ejemplo, Ho.

Apuntó a uno de los rusos, disparó, y lo vio caer de bruces. Disparó contra otro, y en seguida contra otro fallando el primer disparo más no el segundo. Desde su derecha sonaron más disparos, como siseos de cortocircuitos. Nada más volver la cabeza Lance distinguió el uniforme amarillento de los chinos de comandos espaciales.

Ahora se oían exclamaciones humanas en aquel lugar donde unos pocos minutos antes parecía que no había más vida que las de los abetos y la nieve. Sonaban disparos. Lance respingó cuando se dio cuenta de que los chinos disparaban a matar.

Volvió la cabeza, y vio a Orwell deslizándose sobre la nieve acercándose a Marylin.

—No —jadeó el comandante—. ¡Regresa, regresa! llévate de pasada a Agatha, si quieres, pero regresa a la nave! ¡ Yo me encargaré de Marylin! ¡Fussshhh, fussshhh, fussshhh...!, chascaban los disparos de los rusos. Los de los chinos emitían unos «pack» secos, metálicos. Lance vio no menos de cuatro rusos tendidos sobre la nieve. Frente a él, no demasiado lejos, yacía Ho, inmóvil. Lucius Orwell se arrastraba por la nieve tirando de las manos de Agatha, arrastrándola también... Lance lanzó una exclamación e impaciencia cuando, por fin, vio aparecer a Koneburg y a los demás miembros de combate de la nave.

Varios rusos corrían hacia Ho, y, convergiendo, también varios chinos. —¡Koneburg! —aulló Lance—. ¡Que ni siquiera se acerquen a Ho! ¡Esto es prioritario!

Vio de repente, como en una fea imagen agigantada, el rostro de un chino vuelto hacia él. Debía estar a más de ciento cincuenta metros, pero lo vio perfectamente, y en seguida el arma del chino se

interpuso entre su rostro y la línea visual de Lance, que se encogió. El disparo del chino dejó un círculo negro en la nieve, realmente como si la hubiera quemado.

Koneburg daba órdenes a sus hombres, que se habían repartido formando dos alas, una de las cuales enfrentaba a los chinos, y la otra a los rusos, disparando por encima de Lance, que se arrastraba lo más rápidamente que podía hacia Ho, desentendiéndose del combate. Por fortuna estaba más dentro de la línea de tiro de los rusos que de los chinos. En cambio, los rusos estaban en plena línea de tiro de los chinos. Y a su vez, los chinos estaban sufriendo muchas bajas debido a la eficacísima intervención de Koneburg, que dirigía aquella ala del ataque.

Antes de lo que pensaba. Lance llegó junto a Ho. Quedó a su lado, jadeando, lanzando gruesos chorros de vapor entrecortado. Dios, era enorme… ¡Era enorme! Por supuesto que debía faltarle muy poco para los tres metros de estatura, y sus hombros eran colosales. Era admirable y grotesco. Y espeluznante, pensó una vez más cuando vio su «rostro». Contempló atónito los rojos cabellos selváticos, que talmente parecían alambres. Tenia mucho más vello de lo que parecía distancia, pero al ser rubio parte de él no se distinguía más que de cerca.

«¿Cómo voy a poder mover esta mole? —pensó— ¡Es imposible!»

Se quedó mirando el enorme cuerpo, que consiguió mover, haciéndolo rodar, hasta colocarlo boca arriba. Ahora podía agarrarle por los muñones de las inexistentes manos y tirar de él como fuese hacia la nave. Vio el pene, casi tan grande como todo su antebrazo y los enormes testículos como tapizados de grueso musgo rojo.

Comenzó a tirar de uno de los muñones, desplazando unos centímetros al gigante de las nieves.

Imposible.

—¡Konebuuuuurgg! —aulló—. ¡Dos hombres aquí!

Tendido a unos sesenta metros a la derecha de Lance, Koneburg captó de un solo vistazo la posición de sus hombres, y señaló en silencio a dos de ellos, que echaron a correr hacia donde se hallaba Lance. Uno de los elegidos gritó, saltó describiendo un corto arco, quedó inmóvil, de bruces. Koneburg señaló a otro, que suplió velozmente al caído.

Los rusos se replegaban arrastrando a sus compañeros heridos o

muertos, y los chinos se desentendían de ellos para concentrar su ataque contra los norteamericanos. Por su parte, Koneburg, que sabía tan bien como Lance que los chinos estaban utilizando impactos mortíferos, había dado la misma orden a sus hombres, se lo estaban llevando los demonios, llamando criminales y «micos depilados» a los chinos..., mientras por puesto replicaba a su fuego mortífero con fuego mortífero.

—A la nave —jadeó Lance, señalando el corpachón de Ho—. ¡Pronto, a la nave con él, como sea!

Corrió como pudo hacia Marylin, y lo primero que hizo fue colocarle el casco y conectar al máximo la capacidad térmica del uniforme. Luego la agarró por s manos, y fue tirando de ella hacia la nave, viendo como los dos oficiales tiraban del gigantesco Ho. De repente, uno de los oficiales lanzó un grito, se encogió, cayó de costado.

Lance maldijo rudamente, soltó a Marylin, y corrió hacia la nave. Y mientras lo hacía comprobó que los Wa ya no estaban sobre la nave. No se les veía en parte alguna. Muy al fondo de la mente de Lance se produjo el desconcierto, pues había estado convencido de que los Wa y Ho formaban de algún modo una unión, un conjunto, pero ese desconcierto no le impidió seguir a toda prisa hacia la nave, con las ideas bien claras respecto a lo que tenía que hacer. Si los rusos y los chinos habían sido muy listos él iba a ser más listo todavía que ellos. Especialmente se lo quería demostrar a los chinos... Lanzó un grito de alegría cuando llegó a la nave, en la que entró jadeando fuertemente. Recorrió la rampa, ahora con gran facilidad comparado el esfuerzo con el que había tenido que realizar para desplazarse por la nieve, se metió en la cabina neumática, y en menos de un segundo apareció en la sala de mandos.

Un instante más tarde estaba sentado ante las consolas de combate. Dio el encendido de todas las pantallas y buscó las coordenadas de la posición de los chinos. El resultado que obtuvo le indicó claramente que en efecto, los combatientes estaban demasiado cerca para utilizar con ellos la fuerza de combate de la nave. Así pues, simplemente, el comandante Lance Foreman cerró la compuerta de la nave, pulsó la orden despegue, y el platillo volante salió despedido verticalmente hacia el cielo como una exhalación, alcanzan en menos de diez segundos una altura adecuada.

En las pantallas apareció la zona donde todavía Koneburg estaba luchando con los chinos. Lance centró el disparo, oprimió el mando, y la descarga solar descendió y fue a dar directa en el centro del lugar

donde los chinos, ciertamente ahora asustados, pues habían comprendido la intención del comandante norteamericano, comenzaban a pensar en la conveniencia de una retirada..., que Koneburg y sus oficiales no les permitían.

La descarga cayó sobre la nieve, y produjo como una enorme salpicadura de fuego y agua. No sólo fundió en un instante la capa de más de tres metros de nieve, sino que el impacto provocó en la tierra un cráter de más de diez metros de profundidad, por cuya boca salió fuego, agua, nieve todavía pulverizada y cuerpos de comandos chinos despedazados. La tromba de agua y fuego se elevó fuertemente impulsada.

...Y cuando cayó, en forma de súbita y torrencial lluvia de agua y barro, el combate había terminado, en la posición de los chinos quedaba solamente un enorme boquete, en forma de embudo.

Tres segundos más tarde la nave norteamericana estaba de nuevo en su posición anterior. Aparecieron las largas patas periscópicas de sustentación, y al poco apareció Lance Foreman por la rampa, haciendo señas de llamada.

Ya sin preocupación alguna todos corrieron hacia allí, portando a quienes no estaban en condiciones de desplazarse por sí mismos..., incluido, naturalmente, el gigantesco Ho.

Koneburg se detuvo jadeante ante Foreman, y casi parecía a punto de echarse a llorar cuando informó:

—Hemos perdido a tres de mis muchachos, señor.

—Lo lamento —murmuró Lance—. De veras lo siento. Yo sé que no es un consuelo, pero les hemos demostrado a los chinos que más vale atenerse a los acuerdos de Tierra del Fuego: no utilizar armas letales cuan o sea posible la utilización de las armas secundarias, Su incumplimiento lo han pagado muy caro.

Koneburg asintió. La explicación no le consolaba en absoluto. Lance regresó a la sala de mandos, programó un vuelo circular sobre la zona que era al parecer el hábitat natural y habitual de Ho, a unos cincuenta kilómetros de altura, y pulsó los mandos, lanzando el sofisticado vehiculo hacia lo alto.

Ni por un momento había vuelto a acordarse de los Wa.

CAPITULO VI

Koneburg apareció en la sala de mandos, y se plantó marcialmente junto a Lance, saludando con tanta energía y pulcritud que el comandante de la nave se quedó mirándolo con amable ironía.

—¡A la orden, señor! Todo está en orden.

—Gracias, Koneburg. ¿Han sido incinerados y envasados los oficiales caídos en la lucha contra los rusos y los chinos?

—Sí señor. Todo ha quedado en orden para su entrega al Mando cuando regresemos a la base.

—Bien. Yo he informado de todo lo sucedido. Se, me ha rogado que le notifique a usted su ascenso inmediato. Habrá también ascensos y premios para sus hombres y honores militares para los caídos.

—Gracias, señor.

—No me las dé: *ustedes* combatieron, no yo.

—De nuevo gracias, señor. Me permito informarle, mi comandante, de que la nave ha debido sufrir algún deterioro que los sensores no captan: la temperatura está descendiendo por momentos.

Lance Foreman consiguió, ni él supo cómo, contener el sobresalto que le producía aquella información.

Se limitó a asentir con la cabeza y a dirigirse a la salida, diciendo:

—Tome el mando de la nave. Seguimos describiendo un círculo en plano horizontal al hábitat de Ho.

—Sí señor. Entendido, señor.

Lance Foreman fue a la salita donde Marylin Grant, desnuda, tomaba plácidamente el sol producido por unas lámparas de gas. Todavía se veía sobre el seno derecho de la capitana el hematoma del impacto paralizante.

—¿Cómo va eso? —sonrió Lance, sentándose a su lado y dándole una palmadita en una cadera.

—Mejor. Ha sido una lástima lo de esos tres oficiales, Lance.

—Sí, pero piensa que pudo haber sido peor. Supongo que ya has comprendido lo que ocurrió: los chinos regresaron la vez anterior a China después de un posible enfrentamiento con los Wa, y durante el vuelo ya pasaron información radiada a su base. Debieron informar respecto a los Wa y hasta es posible que vieran a Ho... ¿Recuerdas que oímos un grito escalofriante, que se asustaron mucho y optaron por escapar dejándonos tranquilos?

—Sí, es verdad. ¿Y crees que los rusos captaron ese informe radiado a su base?

—Exactamente. Luego, cuando los chinos volvieron aquí, los rusos vinieron también, y han estado merodeando a pie por estos lugares. De los chinos no hemos de preocuparnos, pues han muerto todos, y en cualquier momento detectaremos su nave o sus naves más o menos camufladas no muy lejos de aquí. Pero los rusos escaparon en buena cantidad, y en estos momentos deben estar en su nave o naves esperando otra oportunidad.

—O sea, que se han enterado y quieren a Ho.

—Sí, evidentemente.

—¿Te has parado a pensar que Ho estuvo varios días escondido antes de decidirse a dar señales de vida... y que cuando lo hizo fue para acercarse a nuestra nave? Las de los rusos y los chinos ya debían estar aquí hacía días, y por supuesto que Ho debió detectarlos, pero no hizo contacto con ellos. Sólo con nosotros.

—Sí, he pensado en ello. Debemos resultarle simpáticos.

—Oh, por favor, Lance...

—Pues no se me ocurre otra cosa. Porque no irás a creer que Ho está al corriente de rivalidades entre chinos, rusos, norteamericanos, japoneses y demás. O sea, que él reconoció nuestra nave, o a ti y a mí cuando estuvimos buscándolo varias veces a pie..., y apareció cuando le vino en gana, pero hacia nosotros.

—Eso que estás diciendo es absurdo. Ese... ser no puede tener... preferencias ni sentimientos ni nada parecido. ¡Por Dios, es como un... como un animal gigantesco, eso es todo!

—Tal vez tengas razón. Bien, he venido a buscarte porque tu amado vejestorio está analizando a ese... animal gigantesco, y quizá quieras fisgar en el asunto.

—¡Lucius no es ningún vejestorio! —rió Marylin.

—¿Sabes? —frunció el ceño Lance—: quizá tenías razón en lo de no hacer el amor así por las buenas. ¡Qué cosas tan curiosas pasan! Y a propósito de eso, tengo una noticia nada simpática para ti: ellos están a bordo.

—¿Ellos? ¿Quiénes?

—Los Wa.

Marylin se sentó de un salto en la colchoneta de aire.

—¡Oh, no! —palideció.

—Están a bordo —aseguró Lance—, pero por alguna razón permanecen escondidos no sé dónde, y, al parecer, su... reacción térmica es controlable. Aun así, Koneburg me ha informado de que debe haber alguna grieta en la nave. Ya sabes lo que eso significa: están aquí dentro.

—Dios mío... ¿Qué vamos a hacer?

—Mientras permanezcan a esa temperatura y sin interferir, nada. Si molestan, bajaremos y abandonaremos la nave, so pena de perecer aquí dentro como un jilguero en una cámara frigorífica. Bueno, vamos al laboratorio, a ver si Agatha y Lucius nos dicen ya algo sobre tu animal gigantesco. Pero vístete, o tu anciano profesor no va a poder concentrarse en su trabajo.

Marylin soltó una deliciosa carcajada.

Minutos más tarde ambos entraban en el laboratorio..., donde en el acto captaron un sonido que los dejó como clavados al suelo. Talmente pareció un tremendo golpe en un tambor gigantesco. El golpe se repitió diez segundos más tarde. En una camilla improvisada con dos yacía Ho, iluminado por varios reflectores y conectado a tantos hilos, placas y terminales que parecía envuelto. El resto del laboratorio permanecía a oscuras, de modo que destacaba también, a un lado, el panel lleno de pantallas de visión orgánica y gráficos vitales del sorprendente ser. Volvió a sonar aquel golpe, y Agatha, que estaba mirando a Lance y a Marylin sonrió y explicó:

—Cada golpe de esos es un latido de su corazón. Venid.

Se acercaron los dos. Ho era tan impresionante que Marylin no encontró palabras para comentarlo. Se fijó atónita en el enorme pene, y luego en los pies como calabazas.

—¿Es de carne y hueso? —murmuró Lance, mirando a Orwell.

—Más o menos. ¡Dios, es lo más fantástico y maravilloso que me ha ocurrido en la vida!

—Querrás decir después de hacer el amor conmigo —frunció el ceño Marylin.

—¿Eh...? Oh, sí, claro... ¡Demonios, Marylin, ni se parece en nada una cosa a otra! —se echaron todo a reír, y Orwell pasó un brazo por los hombros de Marylin y continuó—. Es un ser extraordinario: no tiene venas, ni apenas...

—¿Cómo que no tiene venas? —exclamó Lance- ¡Si tiene corazón...!

—No tiene venas. El corazón está como... suelto, y funciona no por irrigación y bombeo, sino por... empapamiento, como... si fuese una esponja que absorbe y expele la sangre. Y apenas tiene cerebro. Lo estamos conectando al Mind Receiver, y por ahora casi, no hay reacción... Mirad la pantalla: aquí es donde deberían aparecer las imágenes que forjara su mente, y apenas hay unas sombras. Claro que todavía no hemos terminado las conexiones, pero si cualquiera de nosotros estuviera en lugar de Ho en estas pantallas aparecerían ya miles de cosas, la mayoría muy concretas.

—Todo un programa de televisión, vamos —sonrió Marylin, impresionada—. ¿Por qué no termináis de conectarlo?

—Estamos en ello. Hemos cambiado algunos terminales para asegurarnos de que funcionarán a la perfección. Podéis quedaros, naturalmente, pero, por favor..., ¡no toquéis nada!

Lance farfulló algo, y Marylin rió. Seguía oyéndose el tremendo latir del corazón de Ho, y eso era todo. Los dos científicos parecieron olvidarse completamente de la presencia de los dos pilotos, procediendo a colocar las últimas conexiones de Mind Receiver en la cabeza insólita de Ho, en los lados del cuello, en el pecho, en la columna vertebral moviéndolo como si fuese un gran paquete... Lance y Marylin estaban más atentos a la pantalla que reflejaría las imágenes de la mente de Ho que a lo que hacían con éste directamente Agatha y Lucius.

De repente comenzaron a aparecer imágenes, formas negras nada más. Luego se vieron formas rojas, blancas, moradas. La pantalla comenzó a crepitar suavemente, como cuando se fríe algo en una sartén.

—Están saliendo cosas —murmuró Marylin.

Los colores blanco, rojo, negro, morado, comenzaron a mezclarse, se movían... Casi al mismo tiempo que Orwell suspiraba un «este es el último» las imágenes mostraron mucha más claridad en la pantalla. Agatha y Orwell acudieron rápidamente a mirar. Los cuatro observaban en silencio. Había ahora en los sistemas acústicos de la pantalla como un sordo rumor, como un... rugido lento, profundo y sofocado. En la pantalla la imagen se fue concretando...

—Parece una montaña —susurró Lance.

—No —susurró también Orwell—. Es un volcán.

Apareció una imagen absolutamente impresionante de un volcán, en efecto. Un volcán de tierra negra que comenzaba a entrar en erupción, lentamente, expeliendo gases primero, luego humo, y finalmente arrojando grandes cantidades de lava roja y piedras al rojo vivo que salían despedidas violentamente por la ardiente boca.

—Dios mío —susurró Agatha—. ¿Qué puede ser eso?

—Un volcán, ¿no? —gruñó Orwell.—Pero... ¿qué significa? ¿Qué hace un volcán en... en la mente de este ser?

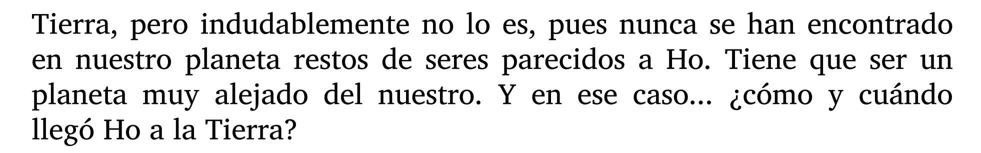
Pareció que se produjera un *travelling* cinematográfico, pues la imagen del volcán se alejó. Ahora se veía mayor amplitud de terreno. Había más volcanes. Muchos volcanes. Primero docenas de volcanes, luego cientos de volcanes. Talmente como si estuvieran ahora sobrevolando un inmenso territorio vieron lejos la enorme extensión de volcanes, todos en erupción. La pantalla ofrecía un espectáculo impresionante, sobrecogedor. Y todo, absolutamente todo era tierra negra salpicada de volcanes que se relevaban en sus continuas erupciones. El sordo rumor de la erupción sin tregua llegaba procedente de la pantalla con la exactitud y espectacularidad de un telefilme grabado con los más modernos procedimientos.

—Es el planeta de Ho —dijo de pronto Lucius Orwell—. ¡Estamos viendo las imágenes que Ho guarda de su planeta, de su lugar de origen!

—Es un lugar espantoso —exclamó Marylin—. Por el amor de Dios, es... es... ¡Parece un... infierno eterno!

—No digas tonterías —masculló el científico—. Es un planeta, simplemente.

—¿Cuál puede ser? —reflexionó Agatha Baker—. Podría ser la


Tierra, pero indudablemente no lo es, pues nunca se han encontrado en nuestro planeta restos de seres parecidos a Ho. Tiene que ser un planeta muy alejado del nuestro. Y en ese caso... ¿cómo y cuándo llegó Ho a la Tierra?

—Puestos a hacer preguntas, querida —la miró socarronamente Lucius Orwell—, yo también tengo varias. Por ejemplo: ¿llegó Ho solo? ¿O llegó acompañado de congéneres que nosotros no hemos visto... o que ya han perecido? ¿Qué decís vosotros a esto, Marylin y Lance?

—Nosotros sólo estuvimos viendo a Ho —aseguró Lance.

—Y a los Wa —recordó Marylin.

—Los cuales —murmuró Orwell— tampoco son de la Tierra indudablemente. Porque en nuestro planeta, indudablemente, todavía hay muchas cosas que desconocemos, pero lo seguro es que ni hay o ha habido seres como Ho ni... seres como los Wa, hechos de gas o humo. ¡Me gustaría disponer de alguno de ellos ahora para...!

—Tenemos varios en la nave —masculló Lance.

—¡¿Qué?!

—Evidentemente pueden filtrarse por donde ni si quiera se filtra el aire —siguió refunfuñando Lance Foreman—. Como sea, el hecho cierto es que tengo la certeza de que hay varios en la nave. Tal vez se cuelan aprovechando momentos en que abrimos las compuertas, pero me inclino a creer que, simplemente, ellos pueden entrar donde sea a voluntad.

—¿Dónde están? —se excitó Orwell.

—El sitio exacto no lo sé. Lo que sí sé es que sólo lo veremos si ellos quieren.

—De eso podéis estar bien seguros —le apoyó Marylin—. Cuando estuvimos...

—¡Mi comandante! —sonó la voz de Koneburg en el laboratorio —. ¡Tenemos aquí a los rusos, señor! ¿Me oye usted, mi comandante?

Lance soltó una imprecación, se acercó al dispositivo que comunicaba el laboratorio con la sala de mandos, y atendió el requerimiento.

—¿Qué ocurre, Koneburg?

—Los rusos pretenden empujarnos fuera del espacio aéreo de Alaska, señor. Tengo la impresión de que pretenden secuestrar nuestra nave, empujarnos hacia Siberia.

—Ya. Bueno, Koneburg, le diré lo que yo haría si estuviera atendiendo los controles: en primer lugar pasaría aviso a la base en Estados Unidos para que nos enviasen ayuda adecuada. En segundo lugar, simularía ceder a la pretensión de los rusos iniciando la ruta hacia Siberia. En tercer lugar, aprovecharía un pequeño descuido de ellos para regresar a Alaska y aterrizar en cualquier lugar donde nuestra nave pudiera ocultarse hasta que llegaran las de combate y ahuyentaran o destruyeran las de los rusos. ¿Me ha entendido?

—Desde luego, señor.

—Pues eso es todo. Espero que cumplirá a la perfección unas instrucciones tan sencillas, Koneburg. De todos modos, dejo como siempre el canal de recepción abierto, por si necesita recurrir de nuevo a mí.

—Entendido, señor. Siento haberle molestado por tan poca cosa, mi comandante.

—Cumpla las instrucciones —gruñó Lance.

Regresó ante la pantalla. Orwell estaba pasando las imágenes a otra pantalla más grande, consiguiendo una ampliación sobrecogedora. La imagen se alejó todavía más, como si el lugar fuese contemplado todavía desde más arriba. Y todavía más, y más, y más... Finalmente, en un espacio azul quedó como un gigantesco pedrusco que era todo él un puro volcán en erupción.

—Ahí lo tenemos —susurró Orwell, con voz que casi temblaba de la emoción—. ¡Ahí tenemos el planeta de Ho!

—Es... como una piedra candente, es un puro volcán —dijo Agatha—. ¡Esto prueba que hay más planetas como la Tierra! Por si teníamos poco con la existencia de Ho, ahí tenemos un planeta parecido a la Tierra...

—No es parecido a la Tierra —rechazó Orwell—, porque no tiene agua. No tiene nada más que materia orgánica y fuego, Agatha. Quiero decir su propia materia orgánica, pero no produce nada: no hay el menor rastro de vegetación, y por supuesto si no hay agua no puede haber ninguna manifestación de vida parecida a las de la Tierra...

—Pero vamos a ver —interrogó Marylin—: ¿de dónde vienen las imágenes que estamos viendo? ¿De la mente de Ho?

—Desde luego —asintió Orwell—: esas imágenes las está proyectando ahora su memoria de modo inconsciente. Lo estamos manteniendo en ese estado para evitarnos problemas directos y para que él no esté preocupado y por tanto emita sus más profundos recuerdos.

—Hay una cosa que me sorprende —murmuró Agatha—. Si Ho está viviendo ahora en la Tierra, con agua, nieve y abetos, ¿por qué no aparece ninguna imagen de esta clase? ¿Solamente piensa o memoriza las cosas de su planeta? También ha visto en estos últimos días cosas insólitas, como por ejemplo, nuestras naves, y a nosotros, que sin duda somos tan extraños para él como él para nosotros. ¿Por qué su mente no proyecta nada de eso, por qué sólo vemos un... pedrusco gigantesco girando en el espacio y en continua erupción?

Lucius Orwell soltó un gruñido, y se quedó mirando las imágenes, siempre las mismas, aunque vistas desde más cerca o de más lejos. Pero siempre era lo mismo: un planeta árido que era un puro volcán todo él, un gigantesco pedrusco flotando y viajando en el espacio. Eso era todo cuanto parecía haber en la mente de Ho.

La primera en darse cuenta de que la situación iba a experimentar un cambio fue Marylin, tal vez porque estaba hipersensibilizada por su experiencia anterior: sintió de pronto aquel hedor terrible y profundo, se estremeció, y volvió la cabeza.

— Oh, no —gimió —. ¡Lance, ahí están!

Lance Foreman ya se volvía, precisamente, en busca de los Wa, porque él también había sentido el frío súbito antes que Orwell y la doctora Baker.

Efectivamente, allá estaban los Wa, flotando en aquel silencio que parecía hecho de hielo azul. Agatha Baker comenzó a tiritar, y Orwell lanzó un bufido y una exclamación de alegría a la vez. El resplandor de las manchas de humo amarillo permanecía en suspensión y completa inmovilidad. Había tal vez una docena de manchas de humo, una docena de Wa.

El frío era tan intenso que Lance comprendió que si él no hacía algo los cuatro iban a quedar congelados. Y hasta posiblemente quedaría congelado el propio Ho, por mucho que estuviera acostumbrado a vivir desnudo en temperaturas de hasta sesenta grados centígrados bajo cero y quizá más. Cada segundo el frío era

como algo tangible que se hundía en sus cuerpos, y Lance calculó que iba a tener dificultades en moverse, pero lo hizo. Despacio, como si mientras se producía el movi miento de su brazo se estuviera congelando, llevó la mano a la pistola con la que ya sabía que podía combustionar a los Wa, hacerlos desaparecer...

Pero de repente comprendió que, aunque pudiera, no debería disparar. Supo de repente que si él y los restantes ocupantes de la nave estaban vivos era porque así lo habían decidido de un modo u otro los Wa, quizá manteniéndose escondidos lo más posible en la nave, quizá manteniendo su temperatura lo menos baja posible.

Una cosa era segura: si los Wa hubieran querido, si hubieran expandido su máximo grado de frío, todos los ocupantes de la nave haría ya rato que estarían congelados. De modo que no era esto lo que querían los Wa... Así pues, ¿qué querían los Wa?

Se dio cuenta de pronto de que aunque quisiera ya no podría hacer nada, pues el frío lo mantenía paralizado, al borde de la congelación.

Y entonces presenció algo sencillamente horroroso: cuatro de los Wa se acercaron flotando y penetraron en ellos, en Orwell, Agatha, Marylin y él mismo. El comandante Foreman tuvo la sensación de que se convertía en una esponja que de pronto era empapada por el frío más espantoso que se pudiera imaginar, como si todo él se estuviera convirtiendo en una barra de hielo... Pero no era esto lo más espantoso.

Lo que le pareció espantoso era lo que les ocurrió a Lucius Orwell, Marylin Grant y Agatha Baker: en cuanto las manchas de humo amarillo hubieron desaparecido en su interior, empapándolos, los tres se convirtieron en auténticos monstruos.

Y de repente, Lance Foreman comprendió que los demás también le estaban viendo a él como un monstruo horripilante, y quiso moverse para contemplarse, y quiso gritar, y quiso reaccionar de mil maneras, pero ya no estaba a tiempo.

Estaba totalmente paralizado, y hasta experimentó la terrible sensación de que sus ojos se estaban congelando, de que sus pupilas se convertían en hielo azul que se distorsionó, se arrugó, se resquebrajó..., mientras seguían contemplando a los tres monstruos llama dos Agatha, Lucius y Marylin.

CAPITULO VII

La transformación era absolutamente horrorosa.

Concentrando su distorsión visión en Agatha Baker, Lance Foreman la veía como una alimaña remotamente parecida a un ser humano, cubierta de hirsuto vello negro. Su bello rostro era ahora como un remedo de simio cuya piel velluda estuviese pudriéndose, sus ojos habían disminuido de tamaño, su frente se había comprimido y echado hacia atrás, su boca era ahora más grande y provista de negros colmillos que destacaban entre los gruesos labios rojos, sus orejas parecían las de un animal, sus brazos eran largos, retorcidos y esqueléticos...De pronto, del cuerpo de Agatha salió rápidamente la mancha de humo amarillo, y en seguida también salieron las que habían empapado los cuerpos de Orwell y Agatha. Lance Foreman sintió salir de sí mismo el Wa que le había penetrado, y le vio alejarse para reunirse con los otros cuatro. Parecía que su tono amarillo luminoso había disminuido de intensidad. Los demás Wa se acercaron a los cuatro que los habían empapado a ellos, y se vio claramente la diferencia. Hubo como gemidos, quejidos lastimeros, y talmente pareció que los Wa que se habían introducido en ellos fuesen rodeados y confortados por los restantes.

Lance miró a Agatha, y la vio de nuevo con su aspecto normal. Vio sus congeladas pupilas; y captó en ellas todo el espanto de la joven doctora... Ah, entonces... ¿podía volver a mover los ojos?

Se dio cuenta de que era así. El frío estaba decreciendo. De algún modo, un latido de su propio corazón resonó en su cerebro: bom. Volvió a mirar a los Wa, que ahora se acercaban todos a Ho. Comprendió en seguida lo que iba a ocurrir, y, en efecto, ocurrió.

Uno a uno los Wa fueron introduciéndose en el gigantesco cuerpo de Ho.

Y finalmente, no quedó visible en el laboratorio ni un solo Wa.

En el acto, la temperatura comenzó a aumentar.

Pero no sólo esto. En las pantallas del Mind Receiver las imágenes comenzaron a cambiar. Se estaban distorsionando, se tornaban confusas. Parecía que el planeta del fuego estuviese sometido a un temblor poderoso que lo sacudiera como a punto de partirlo en pedazos, y los volcanes rugían de un modo horrible.

Durante un par de minutos, mientras los cuatro sentían que se iban librando de aquel frío espantoso, el planeta de Ho fue todo él un puro y colosal volcán.

Y de pronto, comenzó a aparecer el resplandor amarillo.

El entorno azul del volcánico planeta fue adquiriendo una coloración amarilla. Como en una sacudida, el planeta volcánico se alejó, su imagen se empequeñeció, de modo que la pantalla pudo ofrecer mayor amplitud de visión del espacio circundante.

En ese espacio destacó en seguida la mancha amarilla que flotaba en el espacio. Era como un enorme Wa, tan grande como el planeta hacia el cual se iba acercando lentamente, como un.... extraño globo que el viento fuese empujando. En la pantalla se veía el planeta de Ho a la izquierda, y el enorme Wa a la derecha, acercándose. No se movía el planeta de Ho, o al menos no se movía en dirección al Gran Wa, que era quien, al parecer, estaba buscando el contacto.

El planeta seguía su órbita, y el Wa parecía perseguirlo, se iba acercando más y más. El planeta dé Ho seguía en plena erupción, como un animal espantosamente furioso. A su alrededor, el espacio estaba negro de humo, rojo de fuego, todo parecía vibrar, temblar.

El Gran Wa fue alcanzando lenta pero inexorable mente al planeta de Ho.

Y, como poco antes había sucedido entre los Wa y los seres humanos del planeta Tierra, el Gran Wa terminó por alcanzar el planeta de Ho, se introdujo en él, lo empapó completamente. Hubo un instante en que, simplemente, el planeta había absorbido a Wa, y eso fue todo. Ya no se veía al Gran Wa, sólo se veía el planeta de Ho.

Los volcanes comenzaron a apagarse, las enormes cantidades de humo comenzaron a disminuir, las bocas de fuego se fueron aquietando, la lava dejó de salir, las enormes montañas de fuego dejaron de tronar, de rugir, de temblar... Un humo de tono blanquecino comenzó a brotar del planeta de Ho, y se fue separando de éste. Separando, que no alejando. Fue ascendiendo de modo que iba formando alrededor del planeta como una envoltura de humo. Durante un tiempo inmedible, pues Lance y los demás habían perdido la noción de todo, el planeta de Ho quedó completamente oculto por aquel humo blanquecino. Se oía ahora un siseo continuado y cada vez más fuerte. Un siseo como el que producirían unas brasas sobre las cuales se arrojase agua.

El humo blanquecino comenzó a aclararse.

Comenzó a convertirse en gotas.

Sobre el planeta de Ho comenzó a llover.

Comenzó a llover como ninguno había visto ni vería jamás llover en su vida. Sobre el planeta de Ho se vertían torrentes de agua que habían brotado del propio planeta de Ho después de ser empapado por el Gran Wa. El agua caía sobre el planeta de Ho como si mares enteros fuesen volcados por gigantes. Hubo estallido de volcanes, ardieron montañas enteras, se sucedieron los cataclismos, nacieron miles de géiseres enormes, el planeta de Ho se resquebrajó, cambió de forma una y otra vez, aparecían mares de roja lava que eran sepultados por las torrenciales lluvias interminables, que iban formando grandes masas en los tremendos huecos del planeta. Comenzaron a quedar fijas algunas montañas y enormes lagos. Los volcanes se fueron aquietando, las lluvias fueron disminuyendo, y también las masas blanquecinas, que no eran de humo, ahora se comprendía, sino vapor de agua. La turbulencia de la atmósfera se fue limpiando. El planeta de Ho se veía ahora más redondeado, con enormes extensiones de agua que despedían un reflejo azul que contrastaba bellamente con las montañas pardas. Alrededor del planeta de Ho comenzó a formarse como un velo de transparencias azules. En todas partes había corrientes de lodo que se deslizaban hacia los grandes lagos, que se iban engrosando. Hubo más y más tormentas, el agua caía y volvía en forma vaporizada a formar aquella envoltura sobre el planeta de Ho. Luego volvía a caer, ahora más mansamente, pero los lagos ya no eran lagos, eran... enormes extensiones líquidas que se agitaban en tremendas olas. Y de repente, en algunos puntos del planeta de Ho comenzaron a aparecer manchas de tierno verdor, resplandecientes al sol como las más bellas gemas.

—Dios mío —susurró Agatha Baker, que fue la primera en comprender—. ¡Oh, Dios, Dios...!

Aparecieron extensiones de hierba.

Gigantescos árboles.

Arbustos de flores de todos los más bellos colores.

Insectos.

Aves.

Reptiles.

—Dios nos asista —jadeó Lucius Orwell—. ¡Estamos asistiendo al

nacimiento de la Tierra como planeta con VIDA!

Ninguno reparó en que ya podían moverse, en que ya no tenían frío en absoluto.

Solamente tenían ojos para la pantalla grande don de iban apareciendo las fascinantes imágenes que les llegaban desde la mente de Ho. El nuevo planeta se fue acercando, y en un momento la visión sobre él fue a simple vista de pájaro. Pudieron ver los impresionantes valles donde rugían ríos de sobrecogedora grandiosidad, oyeron los crujidos de los grandes hielos que se estaban formando en los polos. Aparecían más animales y más vegetación, más reptiles y más flores.

Apareció, de pronto, el Hombre.

No el Hombre Simio, no el Hombre Reptil, no el Hombre Bestia, sino el Hombre, un ser parecido a Ho, de piel oscura, grandes ojos, mandíbula fortísima, enorme pene, fuerza de coloso... En la pantalla se produjo entonces una especie de caos. Aparecieron grotescas figuras semejantes al Hombre, hubo como un veloz pase de película, y de repente apareció una ciudad blanca, silenciosa y bellísima, rodeada de árboles y flores.

El gigantesco Ho gimió, y Agatha volvió vivamente la cabeza hacia él. Lanzó una exclamación, y lo señaló. Los pies de Ho ya no eran como calabazas, sino normales, enormes. Agatha se acercó, miró el rostro de Ho, y gritó:

—¡Lucius! ¡Luciuuuusss...!

No sólo Orwell, sino Marylin y Lance corrieron junto a la cabeza de Ho, sobresaltadísimos por el grito de Agatha, que miraba con ojos desorbitados el rostro de Ho. Lucius Orwell fue a decir algo, pero, sencillamente, se atragantó.

Ahora Ho tenía ojos, y nariz. Tenía los ojos abiertos, mostrando unas pupilas nítidamente azules, quietas, serenas. Se movió, y todos comprobaron entonces que tenía manos. Su cabellera seguía siendo roja e hirsuta, selvática, pero ya no parecía de alambre. El tamaño de su pene había disminuido. Su boca era menos grande.

—Wak —dijo Ho—. ¡Wak, wak!

De pronto, Ho cerró los hermosos ojos inteligentes, y apretó los labios, aunque sin poder contener el gemido. Agatha corrió hacia la pantalla, y se quedó mirando las increíbles imágenes. La ciudad blanca se veía como fondo de un hermoso campo de hierba y flores, en el que

seres parecidos al Ho actual paseaban lánguidamente. Lucía un sol transparente. Había niños de largos cabellos rubios. Hermosas mujeres. Todos vestían largas túnicas blancas. En la pantalla sonaron palabras melodiosas. Por la verde pradera pasaron varios gigantescos animales, que parecían dinosaurios.

—Pero Dios mío, ¿esto qué es...? —jadeó Orwell—. ¿Qué es?

—Yo diría que es una hermosa y avanzada ciudad... cerca de la cual pasean unos dinosaurios —susurró Lan ce Foreman.

—Pero eso... ¡no puede ser! ¡No puede ser!

—¿Por qué no? —le miró como irritada Marylin.

—Pu... pues porque... porque cuando ha...había dinosaurios en... en la Tierra, no... no había... ciudades como esa, ni los seres humanos... eran como los estamos viendo...

—Bueno —movió la cabeza Lance—, yo no soy científico, no entiendo nada de nada, pero salvo que ustedes nos tomasen el pelo con el asunto del Mind Receiver nosotros estamos presenciando ahora imágenes que forman parte de los recuerdos de Ho, ¿no es cierto? Es decir, que todo lo que estamos viendo en esta pantalla lo vio antes EN DIRECTO nuestro amigo Ho. ¿Es así?

—Bu...bueno, sí, pe...pero... ¡No puede ser!

—¿Por qué no, Lucius? —susurró Agatha—. Cielos, ¿por qué no? ¿Por qué no hemos de admitir que el Hombre ya era una criatura magnífica e inteligentísima cuando había dinosaurios sobre la Tierra? Hemos presenciado una... fusión planetaria, ¿no te das cuenta? Había un mundo que flotaba en el espacio, con fuego y gases y nada más. Y también había en el espacio otro... planeta o masa con determinada vida que se fusionó con ese... pedrusco de fuego que fue la Tierra alguna vez. ¿Por qué no, Lucius? El Hidrógeno y el Oxígeno formaron el agua, ¿no es cierto? ¿Por qué aquel pedrusco de fuego no pudo formar este bellísimo planeta nuestro al ser... fecundado por la masa del Gran Wa? ¿Por qué no? Se juntaron el fuego, la tierra, y lo que sea que formase entonces la masa del Gran Wa, y de ahí se produjo la Tierra actual. ¿Por qué sorprendernos de eso cuando sabemos que de una... cosita como es un espermatozoide y de un óvulo vamos a conseguir nada menos que un ser humano como los que estamos aquí? Escucha, todos los que estamos aquí, todo lo que es hoy el planeta Tierra se debe a una fusión planetaria que se produjo hace... tiempo. El tiempo que sea, ¿qué importa eso? Dime, Lucius: ¿qué tiene eso de *extraordinario*?

—No sé... Quizá tengas razón. ¡Esto es tremendo, Agatha!

—A mí no me lo parece, cariño —sonrió Marylin—. Las cosas han sucedido alguna vez y de alguna manera, ¿no? Bueno, pues eso es lo que sucedió para dar lugar a la Tierra como es ahora. Es muy simple, amor.

—¿Os estáis burlando de mí? —masculló Orwell.

—Claro que no —le dio una palmada en un hombro Lance—. Pero según parece ser un científico es un obstáculo para aceptar las cosas... sorprendentes.

—¡No había ciudades cuando había dinosaurios!

—¿No? —saltó Agatha—. ¿Por qué no? ¿Realmente te crees en posesión científica de la verdad sobre lo que había o dejaba de haber en la Tierra hace un millón de años, quizá cinco, quizá cien millones? El M.R. funciona, y tú lo sabes, lo hemos utilizado cientos de veces. Pero nunca nos ha dado estos resultados... Fíjate bien que Ho no nos está ofreciendo *solamente* sus recuerdos personales, sino los recuerdos de la *memoria ancestral del Hombre*. O tal vez, en su mundo, en su civilización que quizá no está tan lejana como nos creemos, a Ho y a sus contemporáneos les enseñaron cómo se hizo el mundo, les enseñaban en las escuelas, por procedimientos televisivos ya, qué había pasado... Y ahora, simplemente, Ho está recordando los conocimientos ancestrales o... sus aprendizajes de estudiante.

—Agatha, eso no puede ser...

—¿Qué es lo que no puede ser?

—Aun suponiendo que Ho tenga muchos años nunca... nunca podría tener tantos como para ser aunque fuese el último miembro de una civilización, de un pueblo que vivió como estamos viendo en esa pantalla. Así pues, lo que estamos viendo... tiene que ser... parte de su memoria ancestral.

—De acuerdo —sonrió Agatha.

—Pero... si hace millones de años ya éramos como vemos en la pantalla, seres hermosos, inteligentes y pacíficos, que paseaban junto a los dinosaurios... ¿Qué pasó? ¿Qué pasó y cuánto hace?

—Puede hacer diez mil años, o diez millones. Pero supongamos que sucedió hace solamente cien mil años. Una hecatombe. Algo pasó, todo se trastocó, todo murió para dejar paso a nuevas formas de vida. Pero —Agatha hizo una pausa dramática—, pero quedó un grupo de

personas que las que estamos viendo: ni negros ni blancos, ni rubios ni morenos, pero hermosos, gigantescos, inteligentes. Y de esos seres que escaparon a la gran hecatombe nos queda, finalmente, Ho.

—Y los Wa, ¿no? —sugirió Agatha—, que posiblemente es todo lo que queda de aquella... sustancia angélica que al fusionarse con el planeta del fuego dio lugar a la creación del más extraordinario planeta del universo...

—Eso ya no me convence tanto, porque si Ho sabía tantas cosas, si sabía que los Wa eran una... sustancia angélica, como tú dices, ¿por qué no se ha... fusionado con ellos hasta ahora?

—Eso no lo sé. Bueno, la verdad es que la impresión que se obtiene es la de que Ho ha estado huyendo de los Wa, o rechazándolos, desde luego... ¡No lo entiendo!

—Pues lo vas a entender en seguida —susurró Orwell, que estaba tomando el pulso del inmóvil gigante—: Ho ha muerto.

—¡No...! —gimió Agatha.

Orwell soltó la muñeca de Ho, sombrío, y Agatha se apresuró a buscar algún signo de vida en aquel enorme cuerpo. Lance Foreman señaló la pantalla, y masculló:

—¿Cómo puede estar muerto y seguir emitiendo imágenes?

—No lo sé —se acercó a la pantalla de nuevo Lucius—, pero sí sé que está muerto... ¡Mirad!

Las imágenes de la espléndida ciudad, las flores, los hermosos seres y los dinosaurios estaban borrándose, como si ante ellas flotase un humo gris... Hubo de repente un fulgor intenso en la pantalla, y apareció, para sorpresa y espanto de los cuatro una bola de denso humo blanco y rojo que ascendió hacia el cielo, formando una sombrilla de espanto y fuego.

El estupor cundió en todos.

Marylin Grant jadeó:

—Dios bendito..., ¡*ya lo hicimos antes*! ¡Ya destruimos antes toda una civilización más avanzada incluso que la actual, ya deterioramos el mundo y sus seres, ya destruimos un sistema de vida y degeneramos el entorno...! ¡YA LO HICIMOS ANTES!

Se oyó como un gemido en la pantalla, toda imagen desapareció...

Quedó solamente un punteado gris de vacío.

—Ahora sí —musitó Orwell—. Ahora sí que Ho ha muerto del todo.

—Es decir, que lo han matado los Wa al introducirse en él, ¿no?

—Sí, eso parece. Bueno, simplemente los Wa han seguido la tradición. Podían habernos elegido a nosotros, pero, simplemente, ellos *sabían* que no valíamos la pena para fusionarse con nosotros. Eligieron al ser que más se aproximaba a sus... características angélicas, y prefirieron desaparecer con él. No se me ocurre otra explicación.

—Mirad a Ho —murmuró Agatha.

Todos se quedaron mirándolo. Las facciones del gigante se estaban relajando, y lo mismo todo el cuerpo, que muy pronto comenzó a agrietarse... En silencio, mansamente, tal como había transcurrido su vida, llegó la muerte total de Ho, el último ser que recordaba ancestralmente que había otra clase de vida, otros modos, otros sistemas..., pero al parecer ninguno lo bastante bueno para el Hombre.

En cuestión de segundos Ho y sus fusionados Wa eran solamente un montón de polvo seco y gris forman do una silueta en las dos camillas. Como si hubiera muerto un millón de años atrás.

Tal vez llevaban todos cuatro o cinco minutos de atónito e impresionado silencio cuando de nuevo se oyó en el laboratorio la voz del capitán Koneburg:

—Mi comandante, hemos conseguido despistar a los rusos, pero nuestras naves de combate están ya muy cerca, y seguramente se va a establecer un duro combate. Nosotros estamos camuflados bajo...

Lance, que se había acercado al sistema de comunicación, interrumpió a Koneburg:

—Llame a los rusos, y dígales...

—¿A los rusos, señor?

—A los rusos: dígales que les vamos a facilitar la copia de un vídeo científico a cambio de su renuncia a este combate. Dígales que estaremos encantados de ofrecerles una información que pertenece a toda la Humanidad..., a ver si aprendemos de una maldita vez. Dígales eso, y concierte una cita con ellos para la entrega de la copia de vídeo.

Eso es todo.

ESTE ES EL FINAL

Lance Foreman cortó la comunicación del laboratorio con la sala de mandos, y se volvió a mirar a los demás.

—Se me ocurre una idea —dijo—: ¿por qué no nos vamos los cuatro al paraíso?

—¿Al paraíso...? —se desconcertó Orwell.

—A la villa donde nos conocimos. Tenemos derecho a unas vacaciones, ¿no es cierto? Nos hemos jugado la vida y hemos conseguido para toda la Humanidad una información como jamás antes consiguió ser humano alguno. Creo que nos merecemos ese descanso.

—Pero... tenemos las cenizas de Ho —objetó Orwell—. Bueno, francamente, yo quisiera analizarlas, estudiarlas a fondo...

—¿Para qué?

—¡Vaya una pregunta...! —casi se encolerizó el profesor Orwell. ¡Vaya una pregunta! ¡Para saber todo lo posible sobre él!

—Pero hombre..., ¿qué más quieres saber? ¿Acaso no era Ho igual que nosotros? En cualquier tratado de Anatomía encontrarás todos los datos que quieras sobre Ho.

—Bueno...

—Lucius: no sé tú, pero yo me voy ahora mismo de este lugar a hacer el amor con Agatha, porque a fin de cuentas, es lo único que importa.

—¡No irás a comparar la Ciencia con un simple polvo!

—Amiguito, yo no comparo nada, pero...

—Y además, ¿qué quieres decir con eso de un simple polvo? —se plantó Marylin ante él, con las manos en la cintura—. ¿Eh? ¿Qué has querido decir con eso de *simple*?

—Un momento, un momento —alzó las manos Orwell, pidiendo paz y sosiego—. Yo sólo he querido decir que Agatha y yo tenemos mucho trabajo con...

—Ah, no —exclamó la doctora Baker—, ¡conmigo no cuentes! Tú tienes razón, Lucius, la Ciencia es lo más grande que hay..., pero siempre después de la Vida, porque sin Vida no habría Ciencia. Luego, lo más importante que hay en la Vida es la Vida, ¿no? Tal vez algún día incluso aprenderemos a respetarla. Mientras tanto, vivámosla. ¡Hay tiempo para todo en la Vida, incluso para la Ciencia y el Amor!

—Eso es exactamente lo que yo quería decir —sonrió Lance Foreman—. Y así seguiremos hasta la próxima hecatombe mundial.

—Bueno —reflexionó Lucius Orwell—, tal vez tengáis razón. Por si así es, de momento me apunto a vuestra idea. A fin de cuentas, si hay algo que relaje, mejore el humor y la salud, y por tanto nuestra capacidad para vivir bien y ser mejores, es precisamente el Amor. Bien..., ¿qué estamos esperando?

FIN